PUBLICACIÓN PERIÓDICA - AÑO 10 - Nº 12 - NOVIEMBRE 2011 - BARADERO - CÓRDOBA - INGENIERO WHITE

FUNDANDO PUEBLOS

FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE ACOMPAÑARON LA FUNDACIÓN DE PUEBLOS Y CIUDADES ARGENTINAS

EN HOMENAJE A LA PROFESIÓN FARMACÉUTICA ARGENTINA

Con el auspicio de las
Instituciones Farmacéuticas
Argentinas

M&E

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

HISTORIA DE LA FUNDACIÓN DE PUEBLOS Y CIUDADES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA Y DE LOS FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE ACOMPAÑARON SU FUNDACIÓN

EN HOMENAJE
A LA PROFESIÓN
FARMACÉUTICA
ARGENTINA

SUMARIO

05 - Editorial

BARADERO

07 - Historia de boticarios de la primera colonia argentina
19 - Un caso singular
23 - La primera mujer
26 - Datos históricos

CÓRDOBA

29 - La primera botica del país
36 - Pioneros en la actividad privada
41 - Más profesionales en la ciudad
43 - Farmacia del Indio y del Inca ¿dos o una?
46 - Hacia fines del siglo XIX
51 - En "las afueras"
54 - Datos históricos

INGENIERO WHITE

57 - Idóneos y farmacéuticos, al servicio de la actividad portuaria
67 - Datos históricos

QUIÉNES HACEN "FUNDANDO PUEBLOS"

Investigación histórica, redacción de artículos y edición
María Masquelet y Ricardo López Dusil.

María Masquelet es periodista y profesora en Letras (Universidad de Buenos Aires).
Se dedica a asesorar, capacitar y producir material escrito para empresas. Durante 18 años trabajó en el diario La Nación, donde fue la editora del suplemento Empleos entre 1997 y 2006. También ejerció la docencia universitaria.

Ricardo López Dusil ejerce el periodismo desde 1977.
Ha trabajado durante 22 años en el diario La Nación, de los cuales los últimos 12 años se desempeñó como editor de Internacionales. Colabora en diversos medios nacionales y extranjeros.
Es autor del libro "Todos bajo un mismo cielo -diálogo entre las culturas católica, judía y musulmana" (Edhasa, 2005).

Diseño Gráfico original
Guillermo Tornay

Guillermo Tornay es egresado de Bellas Artes.
Desde hace más de 30 años se ha especializado en diseño gráfico. En 1990 decidió radicarse en España donde ha desarrollado una exitosa carrera profesional.
Colaboró en la diagramación y armado de originales:
Inés Vasini

Fotografías actuales
Ricardo López Dusil / María Masquelet

Impresión
Imprenta Parada Obiol

Idea, desarrollo, producción general y patrocinio
LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Publicación periódica de entrega gratuita distribuida por
LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.
Virrey Cevallos 1623/25/27 C1135AAI
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina
Teléfonos y Fax (011) 4304-4524 y líneas rotativas

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.
se reserva el derecho de publicar gratuitamente todo material que reciba en forma espontánea. El material recibido queda en poder de la empresa salvo acuerdo específico sobre la utilización del mismo.
En caso de reproducción total o parcial debe mencionarse su origen y a LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

EDITORIAL

Este es el fascículo Nº 12 de "Fundando Pueblos, farmacéuticos pioneros que acompañaron la fundación de pueblos y ciudades argentinas", una publicación creada, diseñada y editada por Laboratorios MONSERRAT Y ECLAIR S.A., distribuida a todos los Farmacéuticos del país.

Esta publicación constituye un emocionado y afectuoso reconocimiento a la cotidiana labor del Farmacéutico, a su obra, a su especial relación con el público con quien se vincula y al compromiso con su pueblo, ciudad y comunidad.

"Fundando Pueblos" es un retorno a las raíces, es un recuerdo y un homenaje a quienes abrieron surcos dejando a los Farmacéuticos que los sucedieron el valor, la nobleza y el arte de su profesión.

Nuestro profundo reconocimiento a los periodistas María Masquelet y Ricardo López Dusil por su plena identificación con el tema y la calidad de su trabajo, fruto de la ardua tarea de investigación que realizaron pueblo tras pueblo y número tras número de "Fundando Pueblos".

Alberto Pomerañetz
Laboratorios MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

Junio de 2014

Anchorena y Malabia, una esquina del centro de la ciudad de Baradero

Baradero:

Historia de boticarios de la primera colonia argentina

La moderna, pujante y hospitalaria ciudad de Baradero atesora una vieja historia de la que los baraderenses se sienten orgullosos, entre ellas la de ser la población más antigua de la provincia de Buenos Aires, sede de la primera colonia agrícola del país y –según se desprende de un comentario de Sarmiento- el primer municipio en establecer escuelas en zonas despobladas.

Los orígenes del caserío se remontan a 1615, cuando el gobernador y capitán general del Río de la Plata Hernando Arias de Saavedra (a quien la historia conoció luego como Hernandarias) fundó una reducción de aborígenes de las naciones chaná y mbiguay que denominó Santiago del Baradero y que estuvo a cargo de los franciscanos, primeramente por Francisco de Arena -permaneció en el cargo sólo seis meses- y luego por el fraile Luis de Bolaños. Los aborígenes procedían de las islas y la zona ribereña y fueron conducidos allí aprovechando la elevación del terreno, que proveía de una atalaya natural para avistar ocasionales ataques de los piratas que solían incursionar esas costas. La escasa profundidad del río, que ocasionaba frecuentes varaduras de las naves que lo remontaban, da sentido al nombre. Las reducciones se proponían como una organización social que protegiera a estas poblaciones nativas nómadas para defenderlas de *"la voraz población europea, que, como aves de rapiña, me rodea alrededor del salvaje"*. Aunque las reducciones eran organizaciones impuestas por el colonizador, tenían un sesgo progresista, dado que les garantizaban la tenencia de la tierra y un autogobierno bajo la tutela del representante de la corona española. Los aborígenes no podían ser esclavizados y en sus reducciones no estaba permitida la instalación de los blancos, así como tampoco de los esclavos africanos. Bolaños servía en la reducción sin salario, por lo que corría las mismas privaciones que los indígenas y eran legendarias sus pacientes caminatas hasta Buenos Aires cada vez que requería apoyo para su misión.

Los colonos, en las afueras de la ciudad

Trabajadores, en una pausa en las tareas de ampliación de la iglesia

Las vicisitudes de aquella población están cargadas de abnegación y sacrificio, cualidades que volvieron a ponerse sobre el tapete en otro momento -crucial en la historia de la ciudad- que comenzó a moldear definitivamente su desarrollo: la colonización, en 1856, por parte de diez familias suizas que llegaron para asentarse en unas 15 hectáreas donadas por el gobierno. Con la instalación de la Colonia Suiza, aquellos pioneros dieron inicio entonces a la primera colonia agrícola del país.

Tras el afincamiento de aquellas primeras diez familias, año a año se fueron sumando nuevos inmigrantes, atraídos por las condiciones ventajosas que ofrecía el gobierno nacional para su radicación.

Dos años después del arribo de los inmigrantes suizos, Sarmiento, por entonces a cargo del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Aires, abogaba en un informe dirigido al coronel Bartolomé Mitre, que ejercía como ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, por la instalación de un establecimiento educativo para la formación de los hijos de aquellos pioneros.

Dice Sarmiento: *"Un centenar de familias, con mayor ó menor éxito pero con intención decidida y buen espíritu, luchan con las*

dificultades inseparables de un primer establecimiento. Estos pioners de la cultura de las costas del Paraná tienen hijos por centenares, á quienes la presión de las circunstancias priva de otra educación que la del trabajo. Es indispensable que el Estado acuda en ayuda de los padres, proveyéndoles de la primera escuela que haya de perpetuar entre ellos la semilla de la civilización, que sus padres traerán consigo, y que puede retardarse cuando menos, entre los cuidados premiosos de proveer á la subsistencia".

El pedido de Sarmiento destacaba que la Municipalidad del partido de Baradero *"ha sido la primera en llevar a cabo el pensamiento de fundar escuelas en despoblado"*, en referencia a la fundación, en septiembre de 1858, de la escuela de Colonia Bellaca, *"un paraje céntrico del partido"*.

Sobre los alcances del impacto social que constituyó la creación de ese establecimiento, hay una deliciosa carta que el vecino Germán Frers remite a Sarmiento dando cuenta del progreso de la pequeña

escuelita. *"Hoy cuenta nuestra escuela* -dice Frers- *treinta alumnos, entre ellos nueve adultos de veinte a treinta y dos años. (...) Hace pocos días, encontré trece jóvenes que ya sabían leer de corrido, escribían bastante bien, y con buenos principios de la aritmética, á mas de algunas nociones de gramática y geografía sin olvidar el catecismo. No puede Ud. hacerse una idea de la revolución moral que ha causado este establecimiento en sus alrededores. Los hombres de mas influencia á quienes llamé para que me ayudasen en la empresa de establecerla, que entonces me desanimaban, creyendo que no se podría hacer nada, son hoy los más entusiastas y están llenos de cuentos chistosos, para probar el progreso en las ideas que acabo de mencionar. El capataz de una estancia grande me dijo que los mozos parecían estar locos, pues en lugar de hablar de caballos y carretas, hablaban hoy de la escuela, y de que fulano ya estaba en la lección de la lana (primer palabra de la lección) y zutano en otra, disputándose el mas rápido adelanto, que Pedro ya había pasado á Juan en las cuentas, y que á un tal Benitez (30 años de edad) al tiempo de pastorear un ganado traído de apartes, se lo ve, montado á caballo. con la cartilla en la mano estudiando su lección. Un peón mio casado ha aprovechado en este verano, tanto las horas de siesta como de la noche, para aprender á leer y escribir, haciéndose dirijir por un muchacho que asiste diariamente á la escuela."*

Una tradicional tienda de Baradero

Entre las personalidades que tuvieron destacada actuación en materia educativa, aparece en esos documentos el nombre de Gustavo Eyle, quien para 1858 era inspector de escuelas del distrito. Simultáneamente a esa actividad, Eyle ejercía como boticario, al menos desde 1857, en un establecimiento cuya ubicación no ha podido ser precisada, aunque sí su nombre: Botica del Baradero, establecimiento que dio origen a la actual Farmacia del Pueblo. Para entonces, el caserío estaba integrado por 75 casas de azotea, 2 de altos, 2 de tejas y 690 de paja. Y la población en el partido alcanzaba a los 3533 habitantes (1054 en el pueblo y 2499 en el campo). Según consta en el Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires de 1857, ese año había en Baradero dos boticas. Una, sin dudas, fue la de Eyle; la otra tal vez aluda a las actividades de un personaje que cita el historiador Alejandro Barbich y que se presentaba, alternativamente, como "doctor", "boticario" o "aplicador de sanguijuelas". Se llamaba José Falconieri y alcanzó a ser concejal en 1854.

Eyle es una de esas personalidades a la que la historia le debe un lugar de honor, pero que sin embargo permanece prácticamente olvidado. Integrante de una de las familias suizas pioneras en Baradero, fue inspector de escuelas, boticario y concejal en la ciudad, médico con actividad en Entre Ríos, cofundador de la biblioteca popular de Concepción del Uruguay, director del hospital de frontera en Las Chilcas (norte de Santa Fe) y médico militar en el inhóspito Chaco.

Al rastrear sus pasos por esos destinos diversos es fácil advertir que se trataba de un hombre de una enorme capacidad de sacrificio personal y una vocación de servicio inigualable. En Baradero, consta su ejercicio de boticario desde 1857 hasta 1866, año en el que nace su única hija, Petrona, quien luego sería una destacadísima personalidad, en su calidad de médica, periodista, feminista y militante política. Se sabe que al año siguiente del nacimiento de la pequeña, cuando Baradero padeció su primera epidemia de cólera, Eyle ejercía como concejal y era miembro de la comisión sanitaria que planificó las medidas para enfrentar el flagelo. Es plausible, entonces, que en aquel momento se mantuviera al frente de su botica.

Poco después, y por razones que se ignoran, Eyle dejó el pueblo de Baradero para trasladarse a Concepción del Uruguay (Entre Ríos), donde el 22 de abril de 1872 consta su participación, junto con otros conspicuos vecinos del pueblo, en una reunión celebrada en el Colegio Uruguay en la que se trató la fundación de una biblioteca popular. Por entonces, Eyle ya no ejercía como boticario sino como médico. Las pocas referencias que lo mencionan no dan cuenta de la presencia de su esposa, que presumiblemente haya muerto en Baradero durante la primera epidemia de cólera.

Cuando su hija terminó la escuela, fue enviada por su padre a Suiza, donde

El Colegio Suizo

El local de la joyería Descalzo

Petrona debió aprender el idioma y al mismo tiempo cursó la carrera de medicina, graduándose 4 años más tarde, en 1891, y convirtiéndose de esta manera en la primera mujer argentina en obtener un título de grado en el exterior y la segunda médica del país. A su regreso a la Argentina, Petrona comenzó a trabajar en hospitales públicos y a desarrollar una inquebrantable defensa en favor de la mejora de la situación de la mujer. Organizó el

Otras historias

Poeta romántico

John Keats,
el emblemático poeta
del Romanticismo inglés,
tuvo una vida corta y
difícil. Nació en 1795,
en las afueras de Londres,
y cuando quedó huérfano,
a los quince años,
sus tutores lo pusieron
como aprendiz de cirujano.
Al poco tiempo, Keats
abandonó ese puesto,
se trasladó a otro hospital
y estudio la carrera
de Farmacia, en la que
se graduó. Sin embargo,
solo ejerció dos años,
tras los cuales se entregó
por completo a la poesía.

Durante su corta vida
su obra fue objeto
de constantes ataques
y no fue sino hasta
mucho después
que fue completamente
reivindicada. La lírica
de Keats se caracteriza
por un lenguaje exuberante
e imaginativo, atemperado
por la melancolía.

Consejo Argentino de Mujeres, fundó la Asociación Universitarias Argentinas, junto con la reconocida Cecilia Grierson –primera médica del país-, y en 1910, aprovechando los festejos del centenario de la Revolución de Mayo, organizó el Primer Congreso Feminista Internacional, que tuvo un rotundo éxito. También creó la primera asociación dedicada a combatir la trata de personas y fue fundadora de la revista "Nuestra causa", tribuna desde la que defendió tenazmente el derecho de la mujer al voto, a la intervención activa en los movimientos políticos y a la viabilidad de ocupar cargos públicos.

Según se desprende de la documentación hallada para esta investigación, la situación económica de Gustavo Eyle era, contrariamente a lo que podría suponerse, bastante precaria, lo cual destaca aún más el esfuerzo que debe de haber hecho para procurarle educación universitaria a su hija.

Tan pronto como la joven partió rumbo a Ginebra,

Carmela de Grazia

Rótulo de un jarabe

Gustavo Eyle se enroló como médico militar para servir en Las Chilcas (norte de Santa Fe), cuartel general de la línea de frontera, que comandaba el coronel Carlos María Blanco.

El naturalista Juan Bautista Ambrosetti, padre de la arqueología en la Argentina, narra en uno de sus libros (*Viaje de un maturrango*), su primera expedición exploratoria por el país, en la que visitó Las Chilcas: *"El pueblo lo formaba el cuadrado de una extensa plaza* -dice Ambrosetti-, *alrededor de la cual se levantaban los distintos edificios destinados a oficinas y habitaciones de los oficiales.. Los edificios... fuera de dos o tres de material, eran ranchos bien hechos de palo a pique, cubiertos de barro y techo de paja... Detrás del frente norte de la plaza, había además otra calle, donde se hallaban la botica, atendida por un antiguo condiscípulo mío, don Félix Garay; el hospital, a cargo del doctor Eyle, varios ranchos oficiales, entre ellos el que habitábamos con Godoy, el del doctor, los de las mujeres del batallón y el comercio".*

Además de la descripción del pobrísimo caserío, Ambrosetti aporta datos valiosos sobre las costumbres de la época y también sobre la personalidad de Eyle. Dice el autor: *"Me solía entretener durante mi permanencia en Las Chilcas asistiendo a la clínica del doctor; juntos íbamos al hospital, bastante bueno para aquellas alturas, en el que no escaseaban por cierto los enfermos; la generalidad de las enfermedades eran o de los órganos respiratorios o del aparato digestivo, y alguno que otro caso de heridas o lesiones corporales, como golpes de caballo, etc. Como es natural, nos acompañaba el boticario, don Félix Garay. La botica estaba bastante bien surtida, y las mujeres eran las más asiduas parroquianas en busca de remedios, a pesar de que no dejaban por nada la farmacopea popular criolla, en la que el sebo y la ruda ocupan los primeros puestos... El elemento femenino de Las Chilcas no andaba bien con el doctor, porque según ellas no era muy amable; el pobre doctor, conociendo demasiado bien a su clientela, no podía ser muy suave, y como médico militar era algo imperativo, condiciones poco favorables para captarse las simpatías de las mujeres... Sin quererlo, el pobre doctor era víctima de las venganzas femeniles; no le planchaban bien, no le pegaban los botones, no le componían la ropa, y si lo hacían solo era después de hacerlo enojar y tomar un sofocón."*

Tras un breve paso por Las Chilcas, Eyle fue destinado a Puerto Expedición, sobre el río Bermejo, como parte de la campaña de conquista del Chaco, y luego al fortín Resistencia, lugar en el que el historiador Alejo Peiret tiene un encuentro con él, en 1887. En su libro *Una visita a las colonias de la República Argentina*, Peiret describe la vivienda del profesional

Carmela de Grazia, rodeada de sus colaboradores

Otras historias

Dos calles Emparanza

En la historia argentina son numerosos los casos de farmacéuticos cuyas destacadas actuaciones, tanto en el campo profesional como en otras actividades, fueron honrados dándole sus nombres a diversas calles. Un caso con escasos antecedentes es el de los hermanos Juan José y Francisco Emparanza, de actuación en los comienzos del siglo XX. El primero de ellos tiene una calle que lo perpetúa en la localidad bonaerense de Laguna Alsina, mientras que a Francisco Emparanza se lo recuerda en una calle de Saladillo, también en la provincia de Buenos Aires.

como *"una casa angosta como la de Sócrates, donde vive solo con un hijo adoptivo. Su asistente duerme en una carpa armada en el mismo sitio. Esta villa improvisada tiene todavía la apariencia de un campamento militar, y aloja una guarnición numerosa, dos batallones y un regimiento de caballería"*. Peiret evidencia en el relato una viva impresión de Eyle, quien llevaba una vida de privaciones que compensaba con libros y revistas que recibía de Europa. Dice de él: *"Tenia en su mesa 'Las mentiras convencionales' de Mr. Nordau, el famoso escritor alemán contemporáneo, y otra obra del mismo autor, cuyo nombre no recuerdo; había también revistas científicas, obras de medicina y cirujía; todas en alemán. Gustavo Eyle hizo estudiar la medicina á su hija única costeándole los gastos de enseñanza en Europa; por eso está en el Chaco, llevando á los sesenta y tantos años una vida de penalidades y privaciones; el coronel Blanco lo hizo venir a Resistencia; puede decirse que es un padre modelo."*

Con respecto a la Botica del Baradero, tras la partida de Eyle, quedó en manos de Eugenio Giani y luego en las de Guillermo Rauch. Este último le cambió el nombre, que desde 1873 pasó a llamarse Botica del Pueblo. El cambio de denominación ha hecho que muchos años más tarde se diera por fecha de fundación de la vieja farmacia la de 1873, cuando, en su calidad de sucesora de la Botica del Baradero, inició sus actividades en 1857. Rauch fue el proveedor de medicamentos suministrados por la municipalidad para hacer frente a la epidemia de viruela de 1872. En los archivos municipales consta el pago al profesional de 2922 pesos por los medicamentos suministrados a los pobres entre el 17 de mayo y el 24 de septiembre de ese año.

Otro de los propietarios de la longeva botica fue Ignacio Masera, quien además le alquilaba a la Municipalidad un zanjón cercano en el que cultivaba plantas medicinales que luego utilizaba para sus preparaciones. Además de boticario, Masera fue elegido concejal en 1879.

Una pintura que reproduce el interior de la Farmacia del Pueblo, con el empleado Valentín Hernández y el propietario, Mauricio Simón

En 1881 el dueño de la botica era don Ulises Lair, personaje que en 1884 aparece en una lista de caracterizados vecinos que aportaron recursos para la creación del hospital local. Tras seis años al frente de la farmacia, Lair la vendió en 1887 al farmacéutico francés Pablo Simón, quien se había recibido en la Facultad de París.

Simón había llegado a Buenos Aires con su esposa, Gabrielle Huby, y el pequeño hijo del matrimonio, René, por recomendación de su hermano, el doctor Francisco Simón, con intenciones de comprar la Botica del Pueblo de la capital, pero la operación no llegó a concretarse, razón por la cual comenzó la búsqueda de otro local y terminó recalando en Baradero, donde se hizo cargo de la farmacia hasta su muerte, en 1901.

La llegada de Pablo Simón debe de haber significado

toda una aventura para la familia de este próspero profesional llegado desde París, si se piensa que para entonces Baradero estaba surcado por incontables lagunas y pantanos, no tenía siquiera una sola calle empedrada y la escasa iluminación de los negocios era por medio de faroles de cebo y de kerosene. Recién después de 10 años de instalado, en 1897, se instaló la usina de luz eléctrica.

Aunque la botica de Simón seguía llamándose Del Pueblo, era frecuente que se la designara como "Botica francesa", seguramente en alusión a la nacionalidad de su propietario. Tras la muerte de Pablo Simón, la botica siguió en manos de los herederos, hasta que en 1908 el hijo del malogrado farmacéutico compró a los otros herederos la parte de la botica y se hizo cargo enteramente de ella. Como su padre, René Simón también se había graduado de farmacéutico, luego de estudiar en la Escuela de Farmacia de la Facultad de Ciencias Médicas.

René Simón fue, además de un destacado farmacéutico, una persona muy caracterizada del pueblo. También se desempeñó como diputado provincial e intendente, periodista y autor, a pedido de la droguería Bonald, de un *Manual de plantas medicinales*, que fue editado en Madrid. Entre los proyectos que impulsó siendo concejal, se destaca el que fuera aceptado el 17 de mayo de 1920 sobre reglamentación de automóviles y motocicletas, en cuyo artículo primero estipulaba que *"todos los conductores de automóviles deberán munirse de una libreta especial, provista por la Intendencia, en la que se certifique su capacidad para conducir automóviles y tenga además de la filiación de su propietario la fotografía del mismo"*. Fue el comienzo del carnet de conductor en la ciudad y Rene Simón recibió la licencia número 1 como autor de la iniciativa. Murió el 18 de junio de 1938 en la casa contigua a la farmacia, sobre la calle Anchorena. En su memoria, una calle de la ciudad lleva su nombre.

Tintero de la Farmacia del Pueblo, que se regalaba a los clientes

El historiador Barbich señala que la farmacia pasó a ser propiedad de Alberto Astigueta en 1923 y que éste, en abril de 1926, la transfirió al farmacéutico Juan José Lacour, quien a su vez la vendió dos años más tarde al idóneo Julio F. Degese. Barbich no cita las fuentes usadas para sostener tales datos, pero induce a un error que luego se reproducirá hasta el cansancio. Datos que contradicen la información de Barbich son un aviso de El Progreso del 27 de agosto de 1933, en el que la farmacia figura a nombre de Astigueta, y otros, publicados en el mismo diario pero en 1936 y 1938, en los que la botica vuelve a aparecer a nombre de René Simón.

Contradicciones aparte, lo cierto es que posteriormente la farmacia fue adquirida por el idóneo Julio F. Degese, que contó con la dirección técnica de Salomón Sulimovich y luego con la de su esposa, la farmacéutica Carmela de Grazia de Degese, quien se mantuvo al frente del establecimiento hasta su muerte, en 1992. Doña Carmela fue también docente y fundadora de la escuela "Marcos Sastre".

Además de ser la más antigua de Baradero, la Farmacia del Pueblo fue durante muchísimos años la más acreditada. El farmacéutico Nicolás Petruzelli, quien arribó a Baradero en 1966, afirma que para esa época las farmacias de la ciudad eran siete, pero que el 80 por ciento de las ventas las capitalizaba la Del Pueblo.

En la actualidad, la farmacia, que conserva muchas de las reliquias de los tiempos idos, es propiedad de Félix Degese, hijo de Julio y de Carmela de Grazia, en sociedad con uno de sus hijos. Vale la pena para quienes visiten Baradero asomarse a la vieja botica de la calle Anchorena, apreciar sus muebles antiguos, su piso de mosaico, la vieja frasquería. Entre esas paredes hay una parte muy importante de la historia de la ciudad que, felizmente, se resiste a desaparecer.

Libro recetario de 1961, época en que era propietario de la Farmacia Italiana el doctor Willi

Un caso singular

Otra de las singularidades de Baradero en relación con las farmacias es la existencia de varias muy antiguas.

Además de la Del Pueblo, sigue en actividad, aunque no en su sitio original, la farmacia Italiana, cuyo

Distintos rótulos de la Farmacia Italiana

nombre inicial fue Nueva Botica Popular y luego Molinero.

La Nueva Botica Popular aparece en los archivos en el año 1878 establecida por el italiano Bernardo Gramática, quien prestaba sus servicios a la municipalidad y, como era costumbre por esos años, también asistía las necesidades de medicamentos de los pobres, que eran solventadas por el erario público. Gramática se había iniciado en la masonería en San Nicolás y a poco de instalar su farmacia en Baradero fundó con otros vecinos, en 1879, la Logia «Luz del Norte» N° 63. Cinco años después de establecida, la farmacia pasó a manos de Eduardo Perón y Gramática dejó Baradero para instalarse en la localidad bonaerense de Maipú, provincia de Buenos Aires, donde permaneció hasta su muerte.

Eduardo Perón (1856-1891) era farmacéutico diplomado, graduado en la ciudad de Buenos Aires. Consta su actuación profesional en San Isidro, provincia de Buenos Aires, durante las epidemias de cólera de 1873/74. En 1881, cuando adquirió la Nueva Botica Popular, de Baradero, el local funcionaba en la esquina este de Rodríguez y Laprida hasta que a mediados de 1883 la trasladó a la esquina sur de Laprida y Colombres, a un edificio que pertenecía a su suegro, Santiago Erasmo Puppo. Además de la actividad profesional, fue miembro de la Corporación Municipal, consejero escolar y director general de escuelas de la provincia de Buenos Aires. Durante la epidemia de cólera de 1886, se enroló en la Comisión de Salubridad. También fue juez de Paz. Su personalidad fue descollante, pero trágicamente breve: el 9 de marzo de 1891, a los 35 años, murió de fiebre tifoidea.

Eduardo Perón, que no alcanzó a conocer a su famoso sobrino, el general Juan Domingo Perón, era hijo de Tomás Perón, ilustre médico y farmacéutico, profesor de química, experto en medicina legal, estudioso de la corteza de los árboles, naturalista y senador, quien tuvo una destacadísima actuación durante la epidemia que diezmó la población de Buenos Aires, especialmente a la negra, en 1870. Su intervención en esa tragedia fue premiada por Sarmiento, que le ofreció a

Tomás Perón un viaje de perfeccionamiento en París.

Poco después de la muerte de Perón, se hicieron cargo del local los hermanos Juan y Miguel Molinero, quienes le cambian el nombre por el de "Farmacia y Droguería Molinero" y la trasladan a otro local. Otro de los hermanos, Faustino Molinero, ejercía la docencia, llegando a ser director de la Escuela Nº 4. El historiador Alejandro Barbich cuenta que fue alumno de don Faustino, a quien describe como "un hombre muy nervioso; pero simpático, de alma pura y santa" y añade que en los recreos y en cuanto momento tenía disponible, estudiaba farmacia. Faustino fue luego uno de los primeros graduados de la carrera de Farmacia de la Universidad de La Plata.

El siguiente propietario de la botica sería Arturo Giordano, quien la denominó "Farmacia Italiana", y la instaló en un bellísimo local en una de las esquinas de la plaza principal. Los cambios de propietarios seguirían sucediéndose a lo largo de la prolongada historia de la Farmacia Italiana: entre 1909 y 1919, la botica era regenteada por Pablo Corradi y posteriormente por Pedro Degese, quien la tuvo en sociedad con el farmacéutico y bioquímico Dr. Víctor Willi, hasta el año 1945 que por fallecimiento de don Pedro, quedó en manos de Carlos Degese. Hacia 1950, la farmacia pertenecía al químico farmacéutico Faustino Sibilla; en 1961 era del recordado Víctor Willi, luego de Carlos Pérez y en los años 70 de la farmacéutica Elba Oliva de Jeanmarie. Actualmente, la Farmacia Italiana es propiedad de la farmacéutica María Cristina Misenti, quien ha sido una generosa fuente de consulta para este trabajo. La farmacéutica Misenti conserva algunos viejos libros recetarios y de control de estupefacientes, así como un antiquísimo formulario médico farmacéutico, editado en Madrid en 1845, que seguramente sirvió de fuente de consulta a muchos de los profesionales que la precedieron en el histórico establecimiento.

Otra de las viejas y recordadas farmacias de Baradero es La Popular, establecida por el idóneo Víctor Asprella, un hombre muy apreciado por sus vecinos por su inventiva y su proverbial generosidad.

Asprella había nacido en 1901 y tan pronto terminó la escuela primaria comenzó a trabajar en la Farmacia Italiana, por entonces a cargo de Pablo Corradi. Tras adquirir sus primeros conocimientos de la actividad de la mano de su mentor, se trasladó a La Plata, donde obtuvo su diploma de idóneo por parte de la Dirección General de

Farmacia Italiana, Pedro Degese

Higiene de la provincia de Buenos Aires en 1923. Ese mismo año instaló en la Capital Federal la farmacia Darwin, ubicada en la calle Darwin al 1000, donde permaneció durante cinco años.

Pero Asprella extrañaba su Baradero natal, de manera que regresó y el 15 de diciembre de 1928, fecha de su cumpleaños número 27, abrió la Farmacia y Droguería Asprella, que luego se denominaría La Popular y que puso bajo la dirección técnica del químico Javier Oviedo.

Asprella era un hombre de múltiples inquietudes, y en 1935 sorprendió a los vecinos al instalar en los altos de la farmacia un parlante que le sirvió para despuntar su afición de locutor. Era la primera vez que la ciudad experimentaba la novedad, que fue precursora de la actividad radial.

Más adelante incursionó en la política, en las filas del Partido Conservador. En su calidad de concejal, presentó el proyecto, luego aprobado, de imponer el nombre de René Simón, también farmacéutico, a una de las calles de la ciudad.

En 1936 comenzó a manufacturar yerbas medicinales con la marca Badarap y revolucionó la ciudad al decidir contratar a mujeres, las primeras que se vieron empleadas en los comercios baraderenses. Se retiró de la actividad en 1966.

Además de haber presidido durante muchos años la Comisión de Cultura de la Municipalidad y la biblioteca popular Fray Luis de Bolaños, ofreció gratuitamente servicios administrativos en la Sociedad de Bomberos Voluntarios y costeó de su bolsillo la instalación del primer teléfono de la entidad. También pagó el piano de cola para el cine y teatro San Martín.

Uno de los gestos más notables de Asprella fue la donación, a solicitud del presbítero Eugenio Betoño, de la extraordinaria suma de 300.000 pesos para la edificación de una escuela. El sacerdote lo había visitado para solicitarle una contribución con la obra y se sorprendió con la decisión del farmacéutico de hacerse cargo enteramente de los gastos que demandaría. Pese a la insistencia del cura, que quería que el establecimiento llevara su nombre, Asprella se negó una y otra vez. Finalmente el cura le propuso que la escuela llevara el nombre de la madre del generoso promotor: así nació el instituto Victoria F. de Asprella. Los viejos pobladores de Baradero todavía recuerdan la figura espigada, la conversación amena y la vasta cultura de este boticario siempre atento a las necesidades de su pueblo.

Como ha sucedido con la mayoría de las viejas boticas de Baradero, La Popular también pasó por las manos de diversos propietarios y regentes, entre ellos por el farmacéutico Javier Oviedo (era su propietario en 1949, según consigna la Guía Kraft) y Fenoglio, que la regenteaba hacia 1966. Actualmente, La Popular, sita en Colombres y Sáenz, pertenece a la farmacéutica Olga Brandi.

La primera mujer

La primera mujer que aparece ejerciendo la actividad farmacéutica profesional en Baradero es Ofelia Huergo, una joven química farmacéutica que establecería en 1925 la farmacia que llevaría su apellido. De la joven se conservan muy pocos recuerdos en Baradero, dado que fue víctima de una muerte prematura. Catorce años después de haber abierto la farmacia Huergo, su propietario era el esposo de la mujer,

Federico Currat, miembro de una de las familias suizas pioneras en la colonización de la ciudad. Currat mantuvo la farmacia inicialmente con la regencia del farmacéutico Jorge Baquedano, luego con Luis Anadón y posteriormente con uno de los profesionales más recordados de Baradero: el doctor Enrique Mata.

Con respecto a Ofelia Huergo, se sabe que había cultivado una estrecha amistad con una de las poetas más notables de la Argentina, Alfonsina Storni, quien le dedicó una de sus obras a la joven farmacéutica: Blonda, escrito en 1914. Alfonsina Storni había trabajado como cajera en una farmacia de la Capital Federal en 1913. Ignoramos si se trata de una simple coincidencia o si ambas mujeres cimentaron su amistad compartiendo ámbitos laborales en la botica. En lo que respecta a la farmacia Huergo de Baradero, conoció al menos dos localizaciones: en Malabia 661 y en Anchorena 958, local este último donde años más tarde funcionaría la farmacia Bandeo.

Otra de las farmacias pioneras de Baradero fue la que instaló Isaac Lerner en 1938, en un local de Anchorena 1130, que para 1950 era propiedad del mencionado doctor Mata, quien en 2007 fue distinguido por la Municipalidad por su trayectoria profesional. Mata falleció en 2008, a los 94 años, y es difícil no encontrar a un baraderense que no se deshaga en elogios hacia él. Se lo recuerda, siempre vestido de impecable traje, muy laborioso y siempre actualizado de las novedades en materia química y farmacéutica. Actualmente, esta farmacia gira con el nombre de Silvano.

El último de los farmacéuticos con varias décadas en Baradero es Antonio Nicolás Petruzelli, actual director técnico de la farmacia Boedo.

Petruzelli, que ha sido una fuente generosa para esta investigación, se recibió en 1958, en La Plata y antes de trasladarse a Baradero había trabajado en una farmacia de la Capital Federal y en otra de la localidad de Gerli. El 26 de abril de 1966 abrió la farmacia que lleva su apellido en Av. General San Martín 2125. Por entonces, la San Martín era una de las pocas calles

Libro recetario de la Farmacia del Pueblo, de 1926

La tradicional ferretería Perincioli, en Santa María de Oro y Laprida

asfaltadas de la zona y toda la actividad comercial y social se desarrollaba alrededor de la plaza principal. Cuando Petruzelli instaló su farmacia, en la ciudad permanecían abiertas solo seis. Actualmente, Petruzelli, quien presidió el colegio profesional durante 11 años, es el decano de los farmacéuticos de Baradero. De aquellos tiempos iniciales, recuerda la soledad de los turnos. *"Cuando llovía –dice-, a veces se cortaba la luz, lo que me obligaba a acostarme prácticamente en la vidriera dado que el timbre no funcionaba. Nosotros atendíamos a mucha gente de las zonas rurales. Era gente noble, pero muchas veces sin cultura; además, muchos eran extranjeros, por lo que la comunicación se hacía más difícil. Recuerdo el esfuerzo que tuve que hacer para convencer a un cliente que uno de mis preparados estaba bien hecho. El hombre, que había sido atendido en otra farmacia, creía que las pastillas que yo le entregaba tenían menos principios activos porque eran más chicas. Yo le explicaba que siempre se busca hacer pastillas fáciles de tragar, pero él no quería saber*

nada, pretendía que le hiciera pastillas grandes como había recibido del otro profesional".

Otro profesional que es necesario consignar es Valentín Hernández, quien estuvo a cargo de la farmacia del hospital de Baradero desde 1930 hasta 1947.

Todos estos profesionales, así como otros que el registro histórico no consigna, han sido personajes notables de una época muchas veces cargada de penurias y privaciones. Su recuerdo también es una fuente de inspiración para quienes hoy los suceden.

Datos históricos

• El gobernador y capitán general del Río de la Plata Hernando Arias de Saavedra (Hernandarias) funda en 1615 una reducción de aborígenes de las naciones chaná y mbiguay que denomina Santiago del Baradero, Santiago por el santoral del día (Santiago Apóstol) y Baradero por estar a orillas del río.

• En 1784, se produce la creación de los partidos del Virreinato del Río de la Plata. En el de Baradero Daniel Bergman es nombrado su primer alcalde de hermandad.

• Hacia 1810 Baradero ya no es una reducción, sino un pueblo de españoles, criollos y esclavos argentinos gobernados por los corregidores.

• El gobierno provincial nombra, en 1852, a los primeros jueces y se crea la Comisión Municipal.

• Llegan en 1855 diez familias de colonos suizos, creando así la primera colonia agrícola organizada del país. Ante la demanda de nuevas y mejores herramientas se establecen las primeras herrerías que se convertirán en talleres, primitivas industrias, destacándose las de Sabino Ormezano y Cristian Eschler, a las que le siguieron las de Viale y León Currat.

• En 1857, comienza a operar un molino de harina, impulsado por el viento. Es la primera industria del pueblo.

• Por iniciativa de Sarmiento, se crea en Baradero, en 1857, la primera escuela rural del país.

• Una epidemia de cólera diezma a la población, en 1867. En ese mismo año se instalan en el pueblo los primeros faroles de cebo.

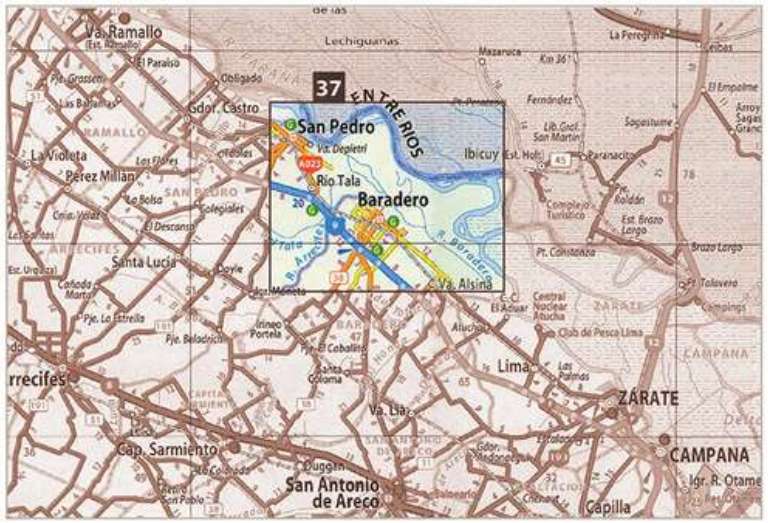
• A raíz de los olores nauseabundos que generaban, la Municipalidad decide desalojar en 1870 las carnicerías ubicadas frente a la plaza principal. Los animales, hasta entonces, se carneaban en la plaza.

• En 1881, se radica en Baradero el pintor y soldado de la Guerra del Paraguay Cándido López, una de las figuras más singulares de la pintura argentina. El artista era puestero en un campo del partido.

• Asume en 1887 el primer intendente municipal, Gregorio Fraga.

• Se inaugura, en 1890, el primer hospital, denominado San José.

• Se crea, en 1891, la primera comisaría, en la que es designado jefe el subcomisario Andrés Supeña.



• Un salto cualitativo en la calidad de vida se produce en 1897 con la instalación de la usina eléctrica.

• En 1907, se inaugura la refinería de maíz.

• El arqueólogo Salvador Debenedetti descubre en 1910 un cementerio indígena que es considerado uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de su tipo en el país.

• El farmacéutico René Simón es elegido intendente y asume en 1916.

• Ante la aparición de los primeros automóviles, la Municipalidad establece, en 1919, que no podrán circular a más de 15 kilómetros por hora por la planta urbana.

• Causa sensación la inauguración, en 1926, de un biógrafo.

• Por una ley provincial fechada el 4 de julio de 1939, Baradero se transformaba de pueblo en ciudad, siendo el sitio poblado más antiguo sobreviviente en la provincia de Buenos Aires.

• En 1952 se inaugura el Hospital Regional.

• Por iniciativa de un grupo de jóvenes, en 1965 se desarrolla la primera edición del Festival de Música Popular Argentina, un acontecimiento cultural que adquirirá con los años una enorme repercusión popular.

Una vista del centro de la ciudad de Córdoba, en 1874
(Archivo General de la Nación)

Córdoba

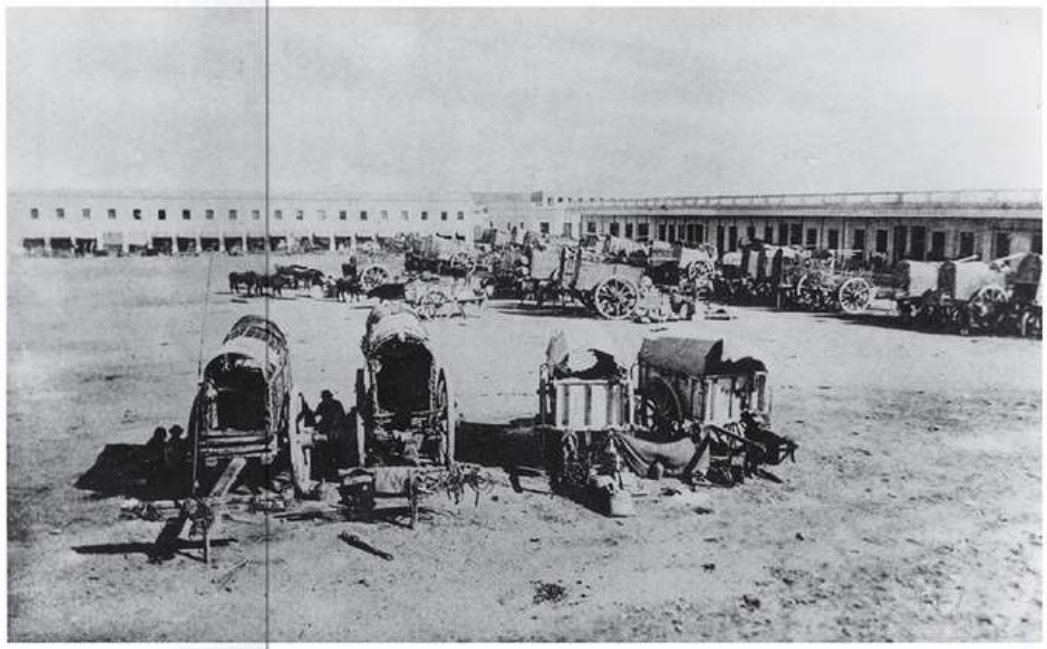
La primera botica del país

Como sucede en casi todas las ciudades grandes del país, en Córdoba, la historia de la actividad farmacéutica está surcada por datos contradictorios, documentación faltante y dudas que no siempre se pueden resolver. Sin embargo, lo que la diferencia de muchas otras es que se sabe con certeza cuál fue la primera botica creada en la ciudad. Y es más, esta primera botica de Córdoba también es la primera del país. Fue instalada por los jesuitas a comienzos del siglo XVII y, aunque se ha perdido la documentación que nos daría la fecha exacta de su fundación, los historiadores coinciden en que debe de haber comenzado a funcionar poco después de que inició su actividad el Colegio Máximo.

La Compañía de Jesús había llegado en 1599 a Córdoba, que para esa época era un caserío de unas cincuenta manzanas, en las que habitaba medio centenar de vecinos con sus familias. Los primeros religiosos en arribar fueron los padres Romero y Darío y el hermano Rodríguez, quienes a los pocos días recibieron en donación el solar de la ermita de los santos mártires Tiburcio y Valeriano, considerada la construcción eclesiástica más antigua de Córdoba. Años de obras y trabajo desembocaron en la fundación, en 1610, del Colegio Máximo, institución destinada fundamentalmente a la formación de futuros religiosos.

Ese colegio, que dará más tarde origen a la primera universidad de la Argentina, albergó, entre muchas otras cosas, la botica más antigua del país. Según figura en el libro del estudioso de la orden Guillermo Furlong, *Médicos argentinos durante la dominación hispánica*, la referencia más antigua a la botica de los jesuitas es un recibo que aparece en un expediente de 1638, firmado por el hermano Blas Gutiérrez que oficiaba como boticario y que había recibido de Diego de la Cámara la suma de tres pesos por una purga que le dio a Antonio Varreta. Sin embargo, Gutiérrez había muerto en 1636, con lo cual el recibo tiene que ser anterior a ese expediente. Por otra parte, en las Cartas Annuas de 1637-1639, que agrupa los textos que los padres escribían a sus superiores, hay uno firmado por Francisco Lupercio de Zurbano que menciona la existencia de la botica, a la que se acercaban los enfermos a quienes se les repartía gratis toda clase de medicinas.

Antes de la llegada de los religiosos a estas tierras, hay en las memorias del Cabildo algunas menciones sobre la provisión de medicamentos para los vecinos, como la que consigna que en 1606, al contratar a Bernardo Xijón para que se desempeñara en el hospital de Santa Eulalia, se establecía que *"se le pagarían los medicamentos que diera a los enfermos"*. Lo mismo sucedió con el sangrador y barbero Martín de Fonseca, al que contratan en 1607 y le imponen la condición de *"proporcionar las medicinas que se consuman"*. Pero lo cierto es que la botica de los jesuitas fue el primer establecimiento de la ciudad y, durante muchos años, el único.



Carretas en el mercado Cabrera 1880 (Archivo General de la Nación)

En los comienzos, nada debe de haber sido fácil para los religiosos y la aplicación del arte de curar tampoco sería una tarea sencilla. Como dice Félix Garzón Maceda en su libro *La medicina en Córdoba*, obra insoslayable para el estudio de la historia de las ciencias de la salud en esa ciudad, fue difícil introducir en las costumbres de esos comienzos del siglo XVII prácticas de higiene y de medicina preventiva. Del mismo modo, la población no aceptaba con agrado las drogas importadas, ya que estaba habituada a los remedios naturales y no muy dispuesta a reemplazar sus "yuyos" por los productos que los médicos recién llegados al país prescribían y aconsejaban.

Como prueba de esto, cita Garzon Maceda las palabras del doctor Alonso de la Huerta, quien, en 1637, según las *Actas del Claustro de la Universidad de San Marcos*, sostenía: *"Los indios conocen mejor que los médicos yerbas medicinales para muchas enfermedades y heridas y con ellas se curan mejor que con las de los médicos"*. Esto lo decía con motivo de un proyecto de traer al país médicos con

títulos expedidos por universidades europeas y de la prohibición del ejercicio de la profesión a quienes no estuvieran legalmente habilitados.

Por este motivo, los médicos en general, y en especial los jesuitas, se preocuparon en adquirir conocimientos y experiencia de la flora regional para sumar a los remedios europeos otros nuevos, a la vez que para hacer más efectiva su acción. Claro ejemplo de esto fue el hermano Pedro de Montenegro, médico y boticario que, hacia fines del siglo XVII, se dedicó a la investigación de las propiedades curativas de las plantas de la región, trabajo que quedó plasmado en una obra, posteriormente denominada *Materia médica misionera*, publicada por primera vez en 1710. En este tratado, Montenegro dedica los tres primeros capítulos a la nomenclatura botánica y a las propiedades y conservación de las plantas, y en el cuarto describe las enfermedades que son curadas mediante hierbas, raíces y cortezas.

Ya desde los inicios, la Compañía de Jesús dedicó grandes esfuerzos al cuidado de la salud no solo de aquellos que vivían en la comunidad, sino también de los vecinos. Esta función se llevó adelante, a pesar de las decisiones papales que la desaconsejaban. En 1637, Urbano VII prohibió a los religiosos ejercer cualquier actividad diferente a la propia y solo se les permitía confeccionar medicamentos para la propia comunidad, sin otorgar permiso para su venta. En los años siguientes, esta prohibición se reforzó, aunque estas disposiciones no fueron cumplidas, y menos aún en América. La situación recién cambió en 1761, cuando el Consejo de Castilla autorizó las boticas de los religiosos con la condición de que estuviesen a cargo de un boticario debidamente acreditado, que tuvieran puerta a la calle y se sometieran a las mismas inspecciones que las boticas de seculares.

Panorámica de la antigua Córdoba (Archivo General de la Nación)

Lo cierto es que la botica de los jesuitas fue el único lugar de la ciudad donde se proveyó de medicamentos a los vecinos durante más de un siglo y medio. Distintos profesionales, médicos, farmacéuticos y enfermeros, como Tomás Falkner, Blas Gutiérrez, Enrique Peschke, Wenceslao Horsky, José Jenig, Marcos Villodas y Juan Escolar, fueron los encargados de atender a los pacientes.

Esta botica estuvo ubicada en distintos lugares de las dos manzanas que ocupaba el colegio y, según la documentación, fue reedificada en algunas oportunidades. De acuerdo con lo que se conoce, la sala principal era amplia, con dos mostradores y trabajadas estanterías de madera, adecuadas para contener frascos y potes de porcelana. Cuatro cuadros redondos, que representaban a san Francisco de Loyola, san Francisco Javier, san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, decoraban las paredes. Pero este no era el único ámbito destinado a la botica; también tenía, entre otros cuartos, un laboratorio o rebotica en la que se guardaban los alambiques, las vasijas y los elementos necesarios para elaborar los medicamentos, y un depósito donde se conservaban la miel, el azúcar y las hierbas, materia prima de muchos de los remedios que se prescribían.

A pesar de la esforzada labor que, en el área de la salud, desempeñaron los jesuitas, no todos fueron elogios para ellos. La generosidad con que daban gratis a los pobres los

Otras historias

Primer boticario en Brasil

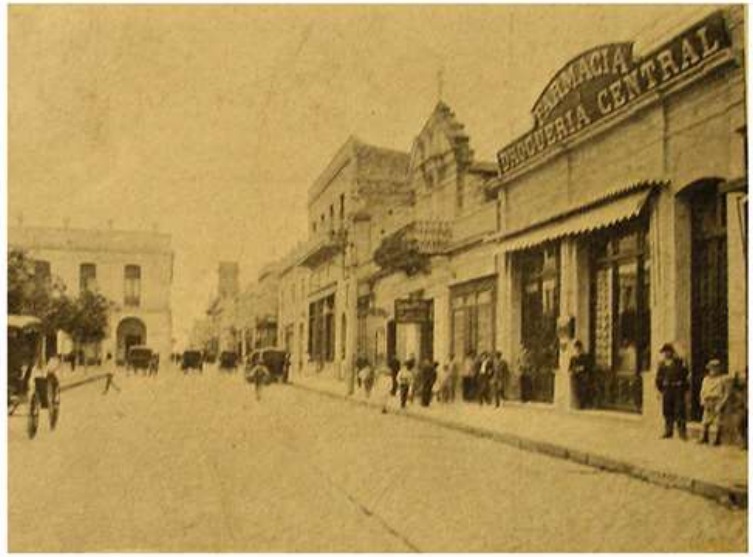
En 1530, el rey de Portugal, Juan III, inició un programa de colonización sistemática de Brasil. Como parte de esta política, llegó a este país, en 1549, el gobernador general Thomé de Souza, quien puso en marcha un gobierno central y fundó la ciudad de San Salvador, en la bahía de Todos los Santos, a la que convirtió en capital de todo el territorio. En su gestión, reformó la administración y la justicia y, para proteger al país de la amenaza francesa, estableció un sistema de defensa costera. Con Souza, llegó también Diogo de Castro, considerado el primer boticario de Brasil.

Chacareros en la zona de quintas cercana a la ciudad (Archivo General de la Nación)

remedios y lo que le cobraban a la gente acomodada fue cuestionado por Manuel Abad e Illana, obispo de Córdoba del Tucumán, quien en una nota del 3 de noviembre de 1764, dirigida al rey, para apoyar la solicitud para que se fundara un convento hospital betlehemita, sostenía:

"En esta Ciudad no hay seglar que surta de medicinas al pueblo, sino que todos se ven precisados a acudir por ellas a la botica que tiene uno de los Conventos de ella, la cual es poco conforme al instituto de sus profesores que siendo más ricos de lo que era razón, no necesitan de ésta ayudada de costas para mantenerse. Suplico a V. M. se sirva mandar que mientras no haya en esta Ciudad boticario seglar que pueda surtir drogas y medicinas a los enfermos; acudan estos por ellas a la botica que tendrán estos P. P. Bethlemitas para el cumplimiento de su caritativo instituto; pues a estos Padres les es sin comparación mucho menos impropio que a los profesores del mencionado Convento el proveer de botica a toda esta Ciudad y sus contornos".

Pero estas acusaciones solo pueden explicarse por la animadversión que existía hacia la orden jesuítica, que culminó con su expulsión, concretada en Córdoba el 12 de julio de 1767. Esa madrugada, una tropa al mando del sargento mayor Fernando Fabro tomó por asalto el colegio y apresó a los 113 jesuitas que vivían allí. La requisa del edificio fue violenta y provocó daños en las instalaciones porque, según se dice, los soldados buscaban los tesoros que se suponía que la orden ocultaba.



Farmacia Central, en la calle Buenos Aires, a comienzos de siglo

Aunque los supuestos tesoros nunca aparecieron, el saldo fue la destrucción del lugar. Entre los jesuitas que se encontraban esa noche en el colegio estaban el médico Tomás Falkner, uno de los profesionales más importantes del Río de la Plata y el único diplomado de la ciudad en ese tiempo; el enfermero Tomás Guillermo Brown y el boticario José Jenig.

Jenig, que había nacido en 1724 y murió en 1770, fue trasladado, junto con los demás hermanos, al puerto de Ensenada y embarcado en la nave La Venus hacia España. Y allí siguió cumpliendo con su misión de farmacéutico. Fue el mismo Fabro quien le encargó que preparara un botiquín con medicamentos para el viaje.

También fue Fabro quien quedó a cargo de la administración de las temporalidades hasta 1771 y puso

al frente de la botica a Lorenzo Infante, que asumió su función el 4 de octubre de 1767 con la orden de inventariar los bienes. El trabajo se llevó adelante con la ayuda del médico Ignacio Tolosa y dio como resultado un largo listado que incluía diferentes items como vinos, ungüentos, lamedores, aceites, esencias, espíritus, bálsamos, tinturas y elixires, sal volátil, emplastos, confecciones, preparaciones y polvos, pulpas, semillas, harinas, polvos, cenizas, polvos de goma, píldoras, polvos cordiales, raíces, gomas, suecos, flores, aguas. A esto se sumaban distintos elementos y utensilios que hicieron que la botica quedara tasada en 3.420 pesos, cifra que no incluía los muebles. El resto de las cosas y el mobiliario fue tasado con posterioridad y, con todo sumado, el valor de la botica llegó a 10.489 pesos.

Desde el momento de la expulsión de los jesuitas, los betlehemitas reclamaron la botica, pero Fabro se oponía a entregársela ya que la regulación papal

Botica de los jesuitas (Archivo General de la Nación)

indicaba que los religiosos no podían tener botica para vender al público y, de esta manera, se privaría a los vecinos de la ciudad de la provisión de medicamentos. Sin embargo, finalmente los betlehemitas recibieron la botica y, para instalarla, también se les dio el edificio del antiguo noviciado de los jesuitas.

La orden hospitalaria de los betlehemitas había llegado a Córdoba hacía muy pocos años. El primero que arribó, con el objetivo de atender a los enfermos, fue el padre José de Asunción, en 1762. Al poco tiempo se sumaron otros sacerdotes y recibieron una importante donación del obispo Diego Salguero de Cabrera, que les permitió iniciar las obras del hospital San Roque, que se inaugurará en 1800. Mientras tanto, estarán en el viejo edificio del noviciado. Allí la botica de los jesuitas se unirá con una importantísima botica también donada por el obispo Salguero y será trasladada al San Roque cuando este es inaugurado. En 1850, muerto Fray Félix, el último betlehemita, la administración del hospital y de la botica pasó al Estado.

Pioneros en la actividad privada

No hay dudas acerca de que la botica de los jesuitas fue la primera del país, pero no existe la misma certeza con respecto a cuál fue la primera botica privada de Córdoba. Esto se debe en parte a que había médicos que, además de ejercer su profesión, proveían de medicamentos a los enfermos y, en algunos casos, abrían farmacia, aunque el ejercicio simultáneo de estas dos actividades estuviera expresamente prohibido.

Hacia 1780 dos médicos estaban en esta situación. Uno de ellos era Miguel Mármol, quien para algunos estudiosos fue el que puso el primer establecimiento privado en la ciudad. Aunque no se conoce la fecha en la que fundó su botica abierta al público, sí está documentado que en 1780 el teniente protomédico de Córdoba le ordenó cerrar su negocio y lo denunció ante el protomédico general Miguel O'Gorman, porque violaba las disposiciones legales que no permitían ejercer las dos profesiones al mismo tiempo. En principio, O'Gorman desautorizó la medida y ordenó el mantenimiento de la casa hasta que él fallase en forma definitiva: fallo que tardó, o quizá nunca llegó, ya que Mármol siguió desarrollando ambas actividades por varios años.

En cuanto a su trabajo como farmacéutico, proveyó

Una vista de Colón y Cañada, en 1885 (Archivo Municipal de Córdoba)

Calle Constitución, Rosario de Santa Fe, en 1880 (Archivo General de la Nación)

La estación del ferrocarril Córdoba-Santa Fe, en construcción, en 1880 (Archivo General de la Nación)

La antigua escuela de Farmacia

El Plaza Hotel y, en diagonal, el edificio de la Botica del Indio (Archivo General de la Nación)

de medicamentos al Colegio Máximo hasta, al menos, 1808, pero parecería que su establecimiento ya no estaba en 1804, año en que se realizó en la ciudad la primera inspección de boticas.

Para la misma época, también se hallaba en Córdoba el doctor Antonio Rossell, a quien, el 9 de mayo de 1780, el Cabildo le pidió que no se fuera al Perú, según tenía planeado, ya que en la ciudad eran indispensables sus servicios de medicina y cirugía. Este reconocimiento de la necesidad de su presencia, es probable que haya sido lo que impulsó a Rossell no solo a quedarse en Córdoba, sino también a abrir botica pública. Aunque este último servicio parecería que no despertó tanto entusiasmo, ya que poco después se dijo que cobraba precios excesivos y el alguacil Nicolás García Guilledo solicitó que se le prohibiera tener botica, lo que habría desembocado en el cierre de su negocio.

Más allá de estos casos, la documentación existente hace pensar que el primer farmacéutico que puso botica particular en la ciudad fue Felipe Roca, quien la instaló en 1778. En un escrito del 11 de noviembre de 1796 –reproducido por Garzón Maceda-, Roca solicita a las autoridades que le devuelvan su título original y dice:

"Don Felipe Roca, vecino de esta ciudad, ante Usía como mejor proceda en derecho, parezco y digo: Que desde ahora diez y ocho años que arribé a esta ciudad, he ejercido en ella el ministerio de boticario..."

Entonces, según lo dicho por él mismo, Roca, que había nacido en Aranjuez y había recibido el título de boticario en Barcelona en 1776, comenzó a ejercer la profesión en Córdoba en 1778.

Por muchos años, la botica de Roca y la del hospital San Roque fueron las dos únicas de la ciudad, como sucedía en 1804, cuando se concretó la primera inspección de farmacias. La comisión formada para verificar cuál era el estado de los establecimientos estaba integrada por el facultativo Gerónimo Ametller, el médico Roberto Martín Miln y el farmacéutico José María Todd, que obraba como intérprete de Miln. Todd, además, fue un pionero de la actividad, ya que años después seguirá su viaje hacia el Norte y fundará las primera boticas de Tucumán, Salta y Jujuy.

En el informe sobre el establecimiento de Roca, con fecha del 11 de diciembre de 1804, los responsables de la inspección afirman:

"... se principió la visita, reconociéndose formalmente y con toda prolijidad las pesas, medidas, alambiques, retortas, almireces, morteros y demás instrumentos de esta clase de oficinas. Después se pasó a inspeccionar los varios simples del reyno animal, mineral y vegetal, con todos los demás medicamentos simples y compuestos de que se compone dicha botica, exponiendo dichos facultativos encontrarse todos dignos de su aprobación, por color, olor y sabor, y dicha botica más surtida y ventajosa que lo que permite el país..."

Aunque la inspección fue positiva para Roca, esto no impidió que, dos años después, el farmacéutico felicitara al Cabildo por la campaña que hacía contra la venta de medicamentos por curanderos y particulares sin título, pero objetara que el padre Pedro Pacheco tuviera una botica en su celda del Convento de San Francisco a la que no se sometió a ningún examen. Esta situación no era nueva, ya que Pacheco estaba en Córdoba desde 1791 y había adquirido una importante celebridad por sus curaciones y sus medicamentos. Además, esta no era la primera objeción que se le hacía, ya que en 1794, había sido Miguel Mármol quien denunciara al religioso por hacer curaciones y vender medicamentos sin título habilitante. Pero, ninguna de las denuncias y objeciones llegaron a buen puerto, puesto que Pacheco, además de gozar de mucha popularidad entre los vecinos, tenía el aval nada menos que de Sobremonte, gobernador e intendente de Córdoba, quien lo defendió frente a todas las acusaciones. Obviamente esta defensa fue exitosa y el religioso siguió ejerciendo sus "artes de curar" sin mayores problemas.

Aviso publicado en *El Eco de Córdoba*, el 1° de enero de 1864

Publicidad de la Droguería del Águila, en *El Eco de Córdoba*, el 1° de noviembre de 1864

Por varios años, entonces, la de Roca debe de haber sido la única farmacia particular de la ciudad. Pero esto cambió hacia 1813. En ese año, la Asamblea decretó una contribución extraordinaria y forzosa para el sostenimiento de la administración pública, que alcanzó también a los boticarios. El dinero que debieron pagar, en enero de 1814, fecha en que se efectivizó la contribución, nos permite saber que Roca debió desembolsar mil pesos y a Andrés Weild se le fijó una contribución de 800 pesos.

Weild, un médico escocés casado con María del Rosario Paz, hermana del general José María Paz, debía entonces tener una botica de cierta importancia ya que la contribución que tuvo que hacer es solo algo menor que la de Roca, quien gozaba de gran prestigio y de varios años en el desempeño de su profesión. El establecimiento de Weild cerró poco después, ya que el boticario falleció a comienzos de 1815.

A pesar de que para 1815 nuevamente la única botica era la de Roca, el rubro estaba incluido en distintas normativas, como prueba el reglamento de policía de ese año, que establecía:

"Las casas de negocio y las boticas deberán poner un farol a la puerta desde las diez de la noche, y conservarlo encendido hasta la mañana por si hubiera necesidad de ocurrir a ellas."

Roca gozó de muy buena reputación en su tiempo. No obstante, tuvo que enfrentar un juicio que fue célebre en los anales de la justicia cordobesa, quizás por el prestigio del que gozaban los participantes. El litigio se inició el 24 de noviembre de 1823 por una denuncia presentada por el doctor Andrés Durand, quien acusó a Roca de haber cometido un error en la preparación de una receta firmada por él y destinada a Tiburcia Haedo, madre del general José María Paz. A pesar de que la salud de la paciente no sufrió mayores consecuencias, el juicio cobró gran notoriedad y concluyó en la condena de Roca, a quien se lo apercibió por su negligencia y por la impericia de su dependiente, Agustín Roca, hijo del boticario, y se le impuso una multa de doce pesos y el pago de las costas procesales.

No se sabe cuándo se retiró Felipe Roca, pero su botica pasó a manos de su nieto Borja Rius, hijo de Jaime Rius y Manuela Roca. Borja había nacido en Córdoba y se recibió de farmacéutico en 1839, aunque ya ejercía la profesión en 1835, cuando integró la comisión encargada de embalsamar el cadáver del general Quiroga, asesinado en Barranca Yaco.

En la botica también trabajaba Pedro Serrano y Roca, hermanastro de Borja, hijo de Manuela Roca y su segundo marido, Pedro Serrano. Serrano y Roca se quedó a cargo del establecimiento cuando Borja se fue a Paraná como congresista y, ya en 1855, es el titular de la botica, según consta en un aviso aparecido en "El Imparcial", donde la firma propietaria es Pedro Serrano y Cía. Pedro será un boticario de prestigio hasta fines del siglo XIX, en que el establecimiento pasará a manos del prusiano Adolfo Von der Wall.

Fotógrafos de plaza, reunidos para una imagen, hacia 1950

Los suburbios de la ciudad, a comienzos del siglo XX

El edificio de la Universidad Nacional de Córdoba, en 1900

Más profesionales en la ciudad

Pero volvamos a comienzos del siglo XIX. En 1828, José Cortés y Fernández abre una nueva botica en la ciudad, establecimiento que se suma a los dos que en ese momento brindaban sus servicios a los vecinos de Córdoba, la farmacia de Roca y la de los betlehemitas.

Cortés y Fernández había nacido en 1797, en Cádiz, y cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Madrid, aunque no llegó a recibirse, ya que cuando estalló el movimiento revolucionario en América se alistó como voluntario en el ejército realista, en el regimiento de Granaderos de la Reina. Una vez en tierra americana, participó con el grado de capitán en las batallas de Cancha Rayada, Chacabuco y Maipú y luego cayó prisionero del ejército patriótico.

Otras historias

La biblioteca es como la farmacia

Fernando Savater, filósofo español.

"Una librería (o una biblioteca) es como una farmacia: en ella hay remedios legibles para todos los males humanos, desde la ignorancia hasta la melancolía, y también pociones mágicas que proporcionan saber, regocijo o acicate erótico. Eso sí, debemos reconocer que no faltan tampoco los venenos..."

Fernando Savater, filósofo español, en un artículo reciente. Su último libro se titula *Los Siete Pecados Capitales*.

Cuando fue liberado, no pudo volver a España. Entonces, se instaló en Córdoba, donde se casó con Josefa Funes, con quien tuvo cinco hijos: Felipe, José, Jerónimo, Ambrosio y Luisa, y dio inicio a una de las familias más tradicionales de la provincia, los Cortés Funes.

Como no tenía título habilitante para ejercer la medicina, solicitó y obtuvo permiso para establecer una farmacia que regenteó hasta su muerte, en 1845. Esta será la botica que, en 1838, estará encargada de proveer los medicamentos para el botiquín de la fortaleza de Santa Catalina, en el departamento de Río Cuarto.

Hacia 1840, otro boticario llegó a Córdoba con mercadería traída desde Buenos Aires: José Alcain. Había nacido en 1804, en la Banda Oriental, y se había recibido en la Universidad de Montevideo. Como tenía título profesional, cumplió funciones oficiales como la de integrar el tribunal examinador, presidido por el Protomedicato, que otorgaba los permisos para ejercer la actividad.

Alcain instaló su botica en la calle San Francisco (en la actualidad, Buenos Aires y Rivadavia), cerca de la iglesia, y luego la trasladó a la plazoleta de la Merced (25 de Mayo y Rivadavia), y por último, la botica estuvo en la calle Alvear.

En esa farmacia, oficiaba como boticario diplomado Aurelio Piñero, quien más tarde, hacia 1870, será el sucesor de Alcain. La farmacia de Piñero ha sido una de las mejor reputadas de Córdoba y centro de tertulias en las que se congregaban y departían políticos y médicos. Además, Piñero era un propagandista entusiasta de la vacuna y él y el protomédico la aplicaban de manera gratuita en la botica. Por otra parte, había sido este profesional quien aportó su botiquín particular a la comisión filantrópica organizada por el gobierno de Córdoba para asistir a las víctimas del terremoto de Mendoza de 1861.

A Piñero le sucedió al frente de la botica Luis León, un profesional de fecunda actuación profesional y científica, quien se destacó por ser el primer director técnico de la Farmacia Central del Hospital Nacional de Clínicas, inaugurado en 1913, y como tal formó parte de la comisión que tuvo a su cargo la dirección general del nosocomio.

La botica de Alcain quedará finalmente a cargo de Benjamín López Pereyra, quien aparece en la *Guía Descriptiva y Comercial de la Provincia de Córdoba*, de 1920, en Vélez Sarsfield 105, adonde la farmacia tiene que haber sido trasladada por uno de estos dos últimos propietarios.

Farmacias del Indio y del Inca ¿dos o una?

Cuando se realiza la inspección de farmacias de 1854, se habían sumado a las cuatro que había en la inspección anterior, de 1845 (la del hospital, la de Cortés, la de Rius y la de Alcain), las boticas de Nicanor Luque, Juan Moyano y Samuel Bretón.

Droguería del Inca (Archivo Municipal de Córdoba)

De estas, la que tuvo mayor trascendencia fue la que Bretón instaló en la calle Buenos Aires, casi esquina la plaza, alrededor de 1850, entre muchas otras cosas, porque su propietario fue el primer farmacéutico que recibió su diploma expedido por el Protomedicato de Córdoba, con las firmas de los doctores Gordon, Posse y Hauling. Sin dudas, la botica de Bretón debe de haber sido un punto de referencia para los vecinos de la época, como lo demuestra un pequeño aviso publicado en El Eco de Córdoba, el 5 de mayo de 1864, que dice: *"Cartas y papeles. Se han perdido algunas dentro de una bolsita de género, que son solo de interés para su dueño. El que las entregue en la Botica de Bretón en la plaza será bien gratificado".*

Según cronistas de la época, Córdoba hacia mediados del siglo XIX todavía parecía una aldea colonial. Así la describe Vicente G. Quesada, en *Memorias de un viejo*, libro que publicó en 1889 con el seudónimo de Víctor Gálvez:

"Volví aquí, pues, para encontrar al cabo de cierto número de años, á mi Córdoba tal cual la dejé en mi niñez, con los arenales de sus calles calentados por el sol de verano, otras cubiertas del pedregullo rodado del río, que tan escaso de agua se arrastra, en ciertas épocas del

Farmacia del Inca, en la esquina de San Jerónimo y Buenos Aires

año, delante de la primera Universidad de la nación. ¡Cuan atrasada me pareció la ciudad! (...) El doctor Warcalde y Posse y el médico inglés, y este y aquel asistían a sus enfermos, los boticarios despachaban las recetas, los almaceneros y tenderos dormían siesta y los polizontes andaban mal uniformados. Todo era lo mismo, nada estaba alterado. Las campanas tañían al despertar el día, á media noche llamaba con lúgubre acento la voz de bronce de los conventos de monjas; á las doce y á la oración tañían de nuevo; todo era la misma rutina, las mismas costumbres, la misma soledad.

"Córdoba era todavía la ciudad de la colonia, con ese aspecto de indolencia, de silencio, de quietismo y de pereza que caracterizaba á las buenas y hospitalarias ciudades del interior."

En ese transcurrir pueblerino, la clausura de la botica de Bretón debe de haber sido la comidilla del vecindario. Lo que sucedió fue que, pese a sus buenos comienzos y a su prestigio, el protomédico Warcalde la cerró, en 1868, por no contar con un dependiente idóneo. Pese a esto la botica no permaneció cerrada por mucho tiempo, ya que fue adquirida por Abundio Roncoroni, quien –según Garzón Maceda- la reabrió en marzo de 1867 con el nombre de botica del Indio, en la esquina de San Jerónimo y Buenos Aires. De acuerdo con la misma fuente, en esa casa, que tenía una estatua de un indio, lanza en mano, adornando el frontispicio, se mantuvo la botica hasta que fue demolida para construir el edificio de la Bolsa.

Sin embargo, no hemos encontrado ninguna otra fuente que confirme este

En la imagen de una concentración en la plaza principal, en 1952, se puede ver, al fondo, una farmacia frente a la catedral (Archivo General de la Nación)

nombre, ya que toda la información hallada menciona esta farmacia como "Del Inca". Este es el caso del ejemplar del 6 de enero de 1883 de El Eco de Córdoba, en el que se hace referencia a las boticas existentes en la ciudad y, en San Jerónimo y Buenos Aires, está justamente la del Inca.

Por otra parte, en las bases para el Concurso Nacional e Internacional de Ideas para una Propuesta Arquitectónica en la Manzana 20 del Banco Provincia de Córdoba, que se realizó a finales de 2008, se hace una breve reseña histórica de varios edificios que tiene la institución, entre ellos el ex Palace Hotel, del que dice: *"En el siglo pasado [se refiere al siglo XIX, aquel rincón de privilegio frente a la plaza estaba ocupado por el Café Argentino y la Botica del Inca hasta que en 1889 se demolieron para erigir el edificio de la Bolsa de Comercio proyectado por Tamburini para la institución. Se llegaron a cavar los cimientos y sótanos, pero el aluvión del 90 dejó sin aliento a los inversores. Para esta esquina entonces* -se pensó en destinar el predio para un moderno hotel- *un nuevo proyecto fue encargado al ing. Pedro Vinet. Data de 1900 (según consta en el balcón del 1er piso) y fue inaugurado con el nombre Hotel San Martín".*

Todo parece indicar que el nombre real del establecimiento era botica del Inca, aunque es posible que la estatua que adornaba el edificio haya hecho que los vecinos la conocieran como "la del indio".

Cabe destacar también que para la época en que se produjo la demolición de este local, la farmacia ya no estaba en manos de Roncoroni, puesto que en

el Archivo Histórico Municipal de la ciudad de Córdoba se encuentra una factura de la botica y droguería del Inca, de 1884, en la plaza principal, esquina Buenos Aires y San Jerónimo, en la que aparece como propietario José Tofanelli.

Pero ¿qué sucedió con la afamada farmacia, cuando abandonó el primitivo local? Lo que se sabe con certeza es que en la esquina de enfrente de lo que más tarde sería el Palace Hotel estuvo la Farmacia y Droguería del Inca hasta bien entrado el siglo XX. Pero parecería que ambas esquinas estuvieron ocupadas simultáneamente por la misma firma, puesto que en una foto antigua, sin fecha precisa pero de fines del siglo XX, se observa, en una, una casa baja con una estatua en su cornisa y, en la otra, la que hoy ocupa el Café Sorocabana, un edificio de dos plantas con un gran cartel que indica "Droguería del Inca". Es probable que, en algún momento, estuviera la botica en una esquina y la droguería en la otra y, a la hora de tener que dejar la casa de la farmacia, se uniera todo en el mismo edificio.

A todo esto, Abundio Roncoroni, una vez alejado de la del Inca, se hizo cargo de la botica y droguería del Cóndor Dorado, que había sido fundada por Manuel Puccio, un farmacéutico de destacada actuación en Rosario. Este establecimiento, ubicado en la calle San Martín 76 y 78, luego pasó a manos de A. Podestá y Cía., sucesores de Roncoroni.

Hacia fines del siglo XIX

La ciudad seguía creciendo, pero a paso lento. En *Córdoba de entonces*, Julio S. Maldonado narra sus recuerdos de infancia, entre 1863 y 1874, y allí nos cuenta que la plaza San Martín era el corazón de esa ciudad en la que todas las calles eran de tierra, la edificación era chata y las esquinas sin ochavas. Casi no había alumbrado público, solo un farol en cada cuadra con una vela de sebo de luz mortecina, hasta que en 1869 llegó el alumbrado a kerosene, pero como un artículo de lujo que se usaba en ciertas casas de familias acomodadas. Por ese motivo, los vecinos para salir de noche, salvo que hubiera luna llena, llevaban siempre un farolito de vela o una linterna de aceite.

En cuanto al trasporte, las cosas no andaban mucho mejor. Solo había dos coches particulares en toda la ciudad y la mayoría de los habitantes se conformaban con el caballo y casi todas las familias tenían uno que usaban tanto para hacer las compras como para pasear.

Maldonado también narra lo que sucedía en la época en lo que respecta a la salud:

"Los médicos hacían sus visitas a los enfermos a pie o a caballo. No tenían consultorio y atendían a domicilio únicamente. Estos eran los doctores Juan Houglin, inglés (...); Federico Oster, suizo; Amabile, italiano; M. J. Molina; Luis Warcalde; Modestino Pizarro; E. Gordon; Justiniano Posse y Mateo J. Luque, argentinos. Estos dos últimos se ocupaban más de asuntos de política que de la medicina. La visita valía un peso, o cuatro reales bolivianos, que era la otra moneda de entonces. ¡Muy barata era la vida en aquel tiempo!

"No había médicos especialistas. Tampoco había dentistas, pero los boticarios sacaban las muelas y hacían ciertas operaciones de cirugía.

"Ahora, uno se pregunta cómo podían vivir aquellas gentes sin dentistas y sin oculistas. Lo ignoro, pero bien recuerdo que mi madre murió a los 77 años leyendo sin anteojos y con toda su dentadura natural.

"Las boticas eran cuatro, según mi recuerdo: la de Pedro Serrano, la de Aurelio Piñero, la de un señor Ramallo y la de Otto Pabst, suizo, haciendo cruz con la Catedral."

Por lo que sabemos estas no eran las únicas boticas que había en la ciudad, pero es probable que Maldonado haya recordado solamente las que fueron más vistas en sus re-

La iglesia de Santo Domingo (Archivo General de la Nación)

La catedral de Córdoba, de noche

corridos infantiles. Para la década de 1860, se habían sumado a las ya mencionadas, como bien dice el autor, la de Ramallo y la que luego fue de Otto Pabst, y también la del Águila y la del Ancla Dorada.

De comienzos de la década y ubicada estratégicamente frente a la catedral, es la de Dionisio Ramallo, un profesional que venía de familia de boticarios ya que tanto su padre, Félix, como su hermano también llamado Félix habían tenido una destacada actuación en Gualeguaychú, Entre Ríos.

Por otra parte, para la misma época se había instalado la droguería del Águila, de los hermanos Demarchi, los propietarios de la célebre farmacia de la Estrella, de Buenos Aires. En un aviso publicado en El Eco de Córdoba, en septiembre de 1864, se informa: *"Los dueños de este establecimiento tienen el honor de avisar a los Señores Farmacéuticos y al público en general que se hallará siempre y a precios muy equitativos, un selecto surtido de drogas, medicinas, instrumentos y cuanto concierne a los ramos de Botica, Droguería y tintorería"*. Y, a continuación, aclara: *"Hasta que no se abra la botica nuestros favorecedores tendrán la bondad de entrar por la puerta del zaguán, calle de la Universidad* -hoy, Obispo Trejo- *al lado de Santa Catalina"*. Pero la botica no tardó en abrir, ya que ese mismo año Carlos Delaperriere, un prestigioso profesional, llegó de Rosario para instalarse en Córdoba y hacerse cargo de la dirección del nuevo establecimiento.

Delaperriere, que había nacido en un pueblo del norte de Francia, en 1833, llegó muy joven a la Argentina y obtuvo su título de farmacéutico en 1856. En ese mismo año se instaló en Rosario, Santa Fe, donde se hizo cargo de la Botica y Droguería del Rosario, propiedad de los hermanos Demarchi, hasta que se mudó a Córdoba y se puso al frente de la botica del Águila, que se convirtió rápidamente en un negocio reconocido y que convocaba a una importante clientela. Pero Delaperriere no se quedó solamente con su actividad detrás del mostrador, sino que desarrolló una larga y fecunda carrera en el ámbito académico, donde fue el organizador de la carrera de Farmacia.

Pocos años antes, en 1860, había abierto la botica de Leonardo Weber, un alemán que mantuvo su negocio hasta 1868. Su actividad se desarrolló sin inconvenientes hasta que el protomédico ordenó la clausura del establecimiento, debido a que su propietario abandonaba con frecuencia la regencia y dejaba a cargo a una persona que no era idónea para la actividad.

Una vez cerrada, Weber le vendió la botica a Otto Pabst, como confirma un aviso publicado en El Eco de Córdoba, el 16 de junio de 1870, en el que se dice que quienes tienen cuentas pendientes con la "Botica y Droguería de Leonardo Weber" pueden pasar por *"la Botica y Droguería del León, de Otto Pabst, esquina de la Catedral, encargado de la*

liquidación de dicho negocio". Para la década de 1880, la farmacia cambió nuevamente de propietario y quedó a cargo de Teodoro Stuckert.

Otra de la época es la botica del Ancla Dorada, que Franco y Malbrán abrieron en 1867, y que pasó a manos de Clemente Yofre, en 1872. Pero este último la tendrá solo tres años porque la venderá en 1875 para dedicarse de lleno a la botica municipal de la que fue regente durante muchos años.

El nuevo propietario, Manuel González, le cambia el nombre por el de farmacia Española. En la década de 1890, la farmacia, en San Martín y 9 de Julio, ya está en manos de sus sucesores, González y Astrain, y para los comienzos del siglo XX ha quedado a cargo de Astrain y Cía.

Manuel González, además de atender su farmacia particular, también se dedicó a la docencia y la función pública. En 1885 es elegido para hacerse cargo de la cátedra de Farmacia Práctica, uno de los dos cursos que se dictaban en la incipiente escuela de farmacia, y, en 1886, es designado inspector de la farmacia del hospital San Roque, cargo que queda vacante cuando muere Delaperriere.

Delaperriere

Todas estas farmacias deben de haber tenido que pagar la patente que fue reglamentada para todos los comercios en 1863. El 4 de enero de ese año, El Eco de Córdoba informaba que los comercios debían proveerse de una patente, que había que sacar en enero y servía para todo el año. Según esta nota, las boticas tenían que abonar una patente de primera clase, por 80 pesos. Curiosamente, este pago era el mismo que correspondía a "los billares por cada mesa, las curtiembres situadas en un radio de quince cuadras de la plaza principal, los reñideros de gallos por la temporada". Como se ve, igual monto para negocios, sin dudas, muy disímiles.

Para fines del siglo XIX, la ciudad ya se había modernizado notablemente. Según el censo de 1895, Córdoba tenía aproximadamente 55.000 habitantes, quienes disfrutaban de alumbrado eléctrico y servicio de aguas corrientes, gracias, esto último, a las obras del dique San Roque.

De esta época son otras boticas, como la del Sol, en Colón 331, creada por Enrique Rothe y continuada por Isidoro Schaffer, un profesional de amplia trayectoria; la del Ángel, de Eduardo Fleurent, en 25 de Mayo y Alvear; la Hispano Argentina, en Plaza Juárez Celman (hoy, plaza Colón), en la esquina de Santa Rosa y Artes (hoy, Rodríguez Peña), y la Alemana, de Oton Wescamp.

También se abrió una droguería que tendrá una intensa actividad. En 1889, Pedro Minuzzi, que había sido dependiente de Abundio Roncoroni, fundó la droguería Central. Una factura del establecimiento, fechada el 2 de febrero de 1897, conservada en el Archivo Histórico Municipal, permite ver en su encabezamiento los servicios que brindaba: *"Droguería Central. Casa introductoria de drogas y pinturas. Calle Buenos Aires 23 y 25, plaza San Martín. Pinturas, barnices, vidrios, cristales, espejos, pinceles, portland, tierra romana, etc. Productos químicos y farmacéuticos. Drogas. Especialidades. Perfumes, semillas. Artículos varios. Ventas por mayor y menor."*

En 1898, Minuzzi incorporó la botica, probablemente ya en su ubicación de Rosario de Santa Fe 47-51, donde va a estar durante muchos años y cambiará su nombre por el de Minuzzi y Cía. Hoy, en la misma calle pero a pocos pasos de esa ubicación, la heredera de la antigua botica Central sigue recibiendo a sus clientes.

En "las afueras"

Julio S. Maldonado, en los relatos de su niñez, recuerda que Córdoba era una aldea pequeña que limitaba

La Escuela de Farmacia

A diferencia de lo que ocurrió en Buenos Aires, en Córdoba la enseñanza de la medicina no estuvo incluida en los orígenes de la Universidad. A pesar de ser la casa de altos estudios más antigua del país, Córdoba recién va a tener abierta su Facultad de Ciencias Médicas en 1878. Sin embargo, problemas económicos impidieron que comenzaran a dictarse los cursos de Farmacia.

Como esta situación se prolongaba, en 1882, el decano de la facultad, el doctor Luis Rossi, propuso que la suma de sesenta pesos fuertes que el presupuesto asignaba para el salario del director de la farmacia del hospital San Roque se destinara a pagar a un profesor de Farmacia, que cumpliría ambos cargos al mismo tiempo. El elegido para esta tarea fue Carlos Delaperriere, quien, a falta de un laboratorio para la enseñanza práctica en la Universidad, también ofrecía su establecimiento, la botica del Águila, para hacer las prácticas necesarias.

Los egresados de este primer curso, luego de un examen teórico y uno práctico, que consistía en la elaboración de varios preparados, fueron: Hilario Amoedo, Bernardo Carabajal, Benjamín Day, Eduardo Pittaluga y José Imperiale.

En 1888, se reglamentó la carrera de Farmacia y se fijó en dos años su duración. Además de aprobar las cuatro materias teóricas que incluía el plan de estudios, los egresados debían acreditar haber practicado dos años en el laboratorio de una farmacia.

A comienzos del siglo XX, la Escuela de Farmacia tendrá sus aulas y laboratorios propios, se irá independizando de Medicina e incrementará sus horas de estudios teóricos y prácticos. En 1959, se funda el Instituto de Ciencias Químicas sobre la base de la Escuela de Farmacia y Bioquímica y, en 1971, se convertirá en Facultad. El crecimiento no se detendrá allí y nuevas carreras de especialización y posgrado y más proyectos de investigación se irán sumando hasta la actualidad.

por el oeste con la Cañada; por el norte, con el río, cuyo cauce era muy ancho en esa parte; por el sur, con las abruptas barrancas que ocupaban lo que es hoy es el boulevard Arturo Illia, y por el este, también con el río.

"De 'La Cañada' al oeste, hasta el Cementerio San Jerónimo, era una sección de 'Quintas', las que eran fertilizadas por el riego del desagüe del 'Paseo Sobremonte' y también del canal que alimentaba a éste desde el Río.

"Muchas de esas quintas pertenecían a familias pudientes donde tenían sus amplias y cómodas casas con jardines y huertas en las cuales pasaban la temporada veraniega (...). Otras pertenecían a los troperos, empresarios de tropas de carretas que transportaban nuestros productos de cueros, lana, cerda, etc. hasta Buenos Aires de donde regresaban con toda clase de mercaderías.

(...)

"Quedaban unidas estas Quintas a la Ciudad por dos puentes sobre 'La Cañada': el de la calle 27 de Abril, que se llamaba 'Puente del Paseo', y el de la calle hoy Nueve de Julio, que se llamaba 'Puente del Medio'."

Hacia 1880 se instalaron en esta zona de quintas el mercado Cabrera, en la manzana rodeada por las actuales calles Colón, Coronel Olmedo, Santa Rosa y Santa Fe, y enfrente, la plaza de las Carretas, lugar de parada de las carretas que llegaban a la ciudad con mercaderías. Este centro de negocios hizo que el barrio (o pueblo, para ese entonces) cobrara un gran impulso.

Santiago Bertone debe de haber sido todo un emprendedor; si no, no se le hubiera ocurrido abrir una botica justamente en esa zona que recién comenzaba a crecer. Había nacido en Génova, Italia, estudió Farmacia y luego de ejercer la profesión en su país durante seis años, llegó a Córdoba, en 1887, revalidó su título y abrió al poco tiempo en el mercado Cabrera, la botica Italiana.

Años más tarde, vendió la farmacia a Alejandro Sarti, quien la mudó a la esquina de Avellaneda y plaza Colón y, a su vez, en 1902 la vendió a Federico Gietz. Bertone que, cuando se desprendió de la botica, se había ido a trabajar con Tofanelli en la del Inca, regresó en 1903 a la botica del Mercado –había cambiado por este su nombre original- como regente.

En 1914, Ernesto Moro compra la farmacia y con motivo de esta adquisición, se publica un extenso aviso en La Voz, del 15 de marzo de ese año, en el que se afirma que Bertone seguirá siendo el regente de la farmacia y droguería del Mercado, para esta fecha en Rivadavia esquina Catamarca, y dice de él: *"El perfecto conocimiento que el popular don Santiago tiene de su profesión, la competencia que todos le reconocen, la afabilidad de su trato y la serenidad y bondad de su carácter, son motivos más que suficientes para que a la 'Botica del Mercado' afluya en crescendo la ya numerosa y distinguida clientela que la favorece"*.

El barrio va a sufrir otra modificación importante con la construcción del Hospital Nacional de Clínicas, inaugurado en 1913, que lo convirtió en una zona habitada y frecuentada por muchos estudiantes. Esta apertura motivó que pocos años después se estableciera, exactamente enfrente del hospital, en Santa Rosa 1565, la farmacia Clínicas, de Pedro Krisner (o Krimer, según las fuentes consultadas). En la actualidad, esta farmacia sigue atendiendo en el mismo lugar, a cargo de Rosalía Randazzo, y ha cambiado su nombre por el de la propietaria, pero mantiene parte del mobiliario y el estilo de los establecimientos de las primeras décadas del siglo XX.

Hacia el norte y hacia el este de la vieja ciudad, el río Suquía era una frontera difícil de cruzar, sobre todo cuando se producían las crecidas de verano que impedían totalmente el paso, a veces, por varios días. Esta situación comenzó a cambiar con la construcción del primer puente, en 1871, que cruzaba el río por la actual avenida 24 de Septiembre. Una primera estructura de hierro fue destruida por una gran crecida en 1886 y reemplazada rápidamente por el actual puente de material.

El edificio del Cabildo

Así fue como el barrio General Paz comenzó a crecer y desarrollarse. Desde sus inicios tuvo un diseño moderno y abierto, con una plaza en su centro (hoy, plaza Alberdi) y tres bulevares bien demarcados: Unión (hoy, 24 de Septiembre), Libertad (actual Oncativo) y otro que recorría el río (Ocampo).

Este fue el barrio elegido por Aquilino Laje para instalar su farmacia, hacia fines del siglo XIX o comienzos del XX, en 24 de Septiembre y Ovidio

Lagos. Es probable que años más tarde haya dejado este establecimiento en manos de sus hijos, ya que en la *Guía descriptiva y comercial de la provincia de Córdoba*, de 1920, Aquilino aparece al frente de una farmacia en Independencia 102, mientras que la ubicada en 24 de Septiembre 802 se publica como de Luis y Julián Laje. Sea como fuere, en 1921, la farmacia es comprada por el italiano Octavio Grassano, que había obtenido su título de idóneo en la localidad de Arroyito. Grassano trabaja allí por más de veinte años y luego se la deja a su yerno Heraldo Forchino. A fines de 1967, la farmacia fundada por Laje fue adquirida por Oscar Santiago Pernochi, quien sigue siendo su propietario.

La farmacia General Paz, este es su nombre en la actualidad, ya tiene más de un siglo de vida, en la misma esquina en la que surgió. El viejo edificio, el mobiliario de madera y los típicos frascos de botica son un testimonio invalorable de aquellos primeros tiempos del barrio y de la Córdoba del pasado.

Datos históricos

• El 6 de julio de 1573, Jerónimo Luis de Cabrera fundó la ciudad de Córdoba de la Nueva Andalucía. Probablemente, eligió ese nombre en homenaje a los ancestros de su esposa, oriundos de la homónima ciudad española.

• El lugar estaba habitado por los aborígenes comechingones, que vivían en comunidades denominadas "ayllus".

• Con la instalación de la orden jesuítica, en 1599, Córdoba pasó a ser el punto central de las tareas de evangelización en la región.

• En 1610, se fundó el Colegio Máximo del cual derivó en 1613 la Universidad de Córdoba (hoy Universidad Nacional de Córdoba), una de las más antiguas de América.

• El 12 de julio de 1767, se concretó la expulsión de los jesuitas de la ciudad de Córdoba.

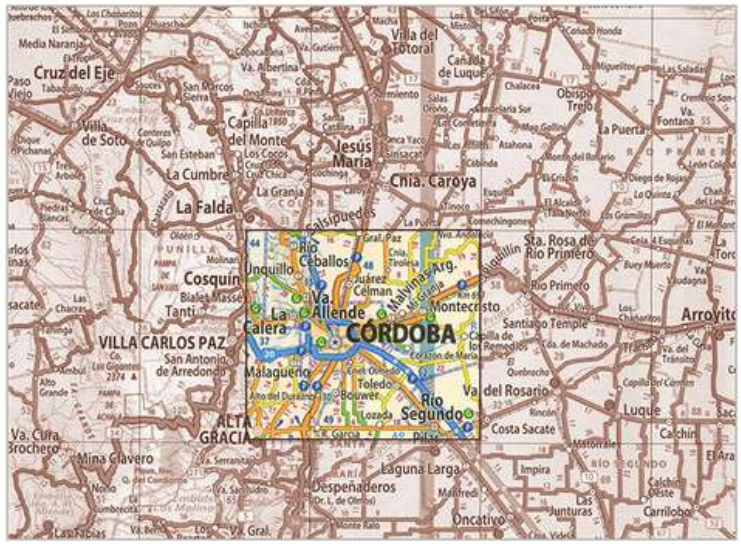
• Luego de la creación del Virreinato del Río de la Plata, Córdoba quedó en 1785 como la capital de la intendencia de Córdoba del Tucumán, que comprendía los actuales territorios de las provincias de Córdoba, La Rioja y la región de Cuyo.

• Durante la gestión del marqués de Sobremonte (1784-1797) se realizaron importantes obras públicas.

• Producido el movimiento de 1810, Córdoba envía a Buenos Aires al deán Domingo Funes, quien desde allí defenderá los intereses del interior. También intervino con armas y hombres.

• En 1855, se aprobó la constitución provincial y, en 1857, se instaló en la ciudad el nuevo sistema municipal.

• En la segunda década del siglo XIX, la llegada del ferrocarril, la instalación del Observatorio Astronómico, la apertura de casas bancarias y la radicación de colonias agrícolas convertirán a la ciudad en centro de administración y redistribución de bienes y nudo de comunicaciones.



• En 1918, Córdoba fue el epicentro del movimiento conocido como Reforma Universitaria, que luego se extendió al resto de las casas de estudios del país y de gran parte de América.

• En octubre de 1927, se instaló la Fábrica Militar de Aviones, puntapié inicial del desarrollo industrial de la provincia.

• A raíz de una importante inundación provocada por las aguas de La Cañada, se hicieron las obras de encauzamiento que finalizaron en 1944 y que le dieron a la ciudad la apariencia que tiene hoy.

• La acción de los talleres de la Aeronáutica Militar se amplió en forma considerable después de 1950 con la instalación de grandes fábricas de origen norteamericano y europeo, dedicadas a la fabricación de automóviles, tractores, vagones, equipos ferroviarios y grandes motores, actividad que se agregaba a la de las industrias químicas y metalúrgicas.

• En 2000, la histórica Manzana Jesuítica fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

A mitad de cuadra, se observa el cartel de la Farmacia Británica, en Ingeniero White

Ingeniero White

Idóneos y farmacéuticos, al servicio de la actividad portuaria

Recién iniciado el siglo XX, como tantos otros españoles que dejaron su tierra en busca de mejores horizontes, Valentín Morán se embarcó para la Argentina. Desde un pueblo de la provincia de León ya habían llegado al país tres de sus hermanos, que iban a dedicarse al campo. Él arribó en 1904 y después de trabajar en otros pueblos de la provincia, primero en Tres Arroyos como "lavafrascos" en una botica y luego en General Lamadrid, en 1909 se instaló definitivamente en Ingeniero White. Allí Morán desarrollará una intensa y reconocida actividad como farmacéutico y fundará un establecimiento que, de la mano de sus descendientes, sigue funcionando en la actualidad.

Antigua ambulancia

Este pueblo portuario había tenido su fundación oficial el 26 de septiembre de 1885, fecha en que se inauguró el primer muelle, luego de dos años de trabajos realizados por el Ferrocarril del Sud, al que el gobierno nacional le había encomendado la obra. Ingeniero White, que hoy debido al crecimiento de su población y al desarrollo urbano está unido a Bahía Blanca, era, a comienzos del siglo XX, un pequeño caserío con vida propia, que ya empezaba a necesitar servicios y comercios que abastecieran tanto a la población del lugar como a los navegantes que a menudo pasaban varios días allí.

A poco de llegar, Morán, con su título de Dependiente Idóneo en Farmacia, expedido en 1909 por la Dirección General de Salubridad Pública de la provincia de Buenos Aires, comenzó como empleado en la farmacia de F. E. Villalba, del que se sabe que todavía en 1913 seguía con su establecimiento, según consta en la Guía Arlas de ese año.

El acuerdo entre Morán y Veronelli

Pero Morán solo estuvo dos años como dependiente, ya que, en 1911, se asoció con Ventura Veronelli para establecer y explotar una farmacia, en Siches 224 (en la actualidad 3977, debido al cambio de numeración de las calles). El nombre elegido, Británica, evidentemente no respondió al lugar de origen de ninguno de los dos boticarios, sino que fue un homenaje al puerto, emprendimiento llevado adelante con diseño y tecnología ingleses.

En el documento que firmaron el 1º de noviembre de 1911, que la familia de Morán ha conservado, se explica cómo se establecía la sociedad: *"El capital social se forma aportando don Ventura Veronelli cuatro mil doscientos pesos moneda nacional y don Valentín Morán uno mil cuatrocientos pesos (1400$) en efectivo más el equivalente de uno mil pesos en mercaderías"*. Además, se deja en claro que *"la farmacia será atendida personalmente por ambos socios pero la dirección corresponde exclusivamente al Sr. Ventura Veronelli que regentea dicha farmacia"*, y también se explica que la sociedad terminará el 1º de noviembre de 1914, momento en que se repartirán las ganancias o pérdidas.

Llegado el fin del acuerdo, don Valentín Morán quedó como único dueño de la farmacia Británica, seguramente después de comprar la parte correspondiente a su socio. De Veronelli no se encontraron más datos en Bahía Blanca y es probable que haya dejado la ciudad inmediatamente, ya que pocos años después está instalado en Suipacha, también provincia de Buenos Aires, formando parte, en 1923, de la primera comisión para organizar los trabajos de construcción del hospital de esa ciudad.

Desde entonces, don Valentín estará al frente de la farmacia, con la ayuda de distintos colaboradores, algunos de los cuales permanecieron a su lado durante muchos años.

En distintas crónicas, se lo recuerda como un hombre amable, solidario, siempre dispuesto a darle una mano a cualquier vecino que lo necesitara. En el *Álbum de Ingeniero White*, de 1928, se dice de él: *"Es el Señor Valentín Morán, propietario de la Farmacia Británica, un hombre laborioso, afable e inteligente, con sus correctos procederes y trato llano y afectuoso para el público, ha logrado captarse las simpatías y el afecto del vecindario que siempre vió en el señor Morán, antes que al comerciante, al vecino dispuesto en todo instante a condolerse y aliviar las necesidades ajenas"*. Y más adelante, agrega: *"...y a través de los años ha conquistado, a fuerza de tesón y constancia, una admirable posición económica, y lo que es más, la confianza absoluta del público en las recetas y artículos que despacha la Farmacia Británica."*

Antigua etiqueta de aceite de hígado de bacalao

Rótulo con la fórmula preparada en la botica de Morán

En otra publicación del mismo año, *Los españoles en el centenario de Bahía Blanca*, se destaca la labor comunitaria de Morán: *"En todas iniciativas tendientes a mejorar la situación edilicia de Ingeniero White, o en todas aquellas iniciativas*

El frente original de la Farmacia Morán, en la década de 1920

de carácter social y cultural tendientes a elevar el nivel espiritual de la población, el señor Morán ha participado en primera fila entregando su colaboración personal y pecuniaria (...) Sería obvio agregar que un hombre de las condiciones y de las calidades morales del señor Morán ha tenido una eficaz y entusiasta actuación en el seno de la colectividad española, siendo actualmente uno de los elementos de mayor ponderación con que cuenta el Centro Español de aquella localidad. Es tesorero de la citada institución".

Con un negocio ya próspero y reconocido, don Valentín vio en su descendencia una garantía para la continuidad de su querida botica y no tuvo dudas en enviar a su hijo Pedro a estudiar Farmacia. *"El abuelo obligó a papá a estudiar Farmacia y así papá se fue a Rosario para hacer la carrera* –cuenta Valentín Domingo Morán, hijo de Pedro y nieto de don Valentín-. *Cuando ya estaba terminando las últimas materias, la conoce a mamá, que también estudiaba Farmacia, se ponen de novios, se casan y se vienen a Bahía Blanca. Y ahí papá le dice al abuelo: "Bueno, acá tenés la farmacéutica que va a continuar como vos querías con el negocio. Yo ahora me voy a dedicar a lo que me gusta y voy a estudiar Filosofía y Letras. Papá fue uno de los primeros egresados de la entonces flamante Universidad de Sur, se recibió en Filosofía y se dedicó toda la vida a la docencia. Llegó a ser rector sustituto y vicerrector."*

Así fue como María del Carmen Bidegorry de Morán Obiol, que había nacido en Villaguay, Entre Ríos, en 1920, se establece como directora técnica de la farmacia Británica y trabaja durante varios años con don Valentín.

Ya se estaba acercando la mitad del siglo XX e Ingeniero White había pasado a ser un pueblo pujante, con aproximadamente 10.000 habitantes y una

Valentín Morán y sus hijo, Pedro y Roberto Morán Obiol

importante actividad portuaria y comercial, aunque todavía algunas viviendas eran precarias. *"Las casas eran todas de madera y muchas de las calles, de tierra, aunque la de la farmacia ya estaba asfaltada. Y como se inundaba tanto y la marea llegaba hasta el pueblo, en algunas calles las casas estaban sobre pilares de madera, era la construcción típica"*. Así recuerda el pueblo Benjamín Fernández Morán, sobrino de don Valentín, que llegó de España en 1952 y se sumó al trabajo de la farmacia, en la que ya colaboraban Roberto, el otro hijo de Valentín, y Hugo Rodríguez, un adolescente de nacionalidad boliviana que había viajado a la Argentina como polizón en un barco y fue casi un hijo más para Morán, a cuyo lado permaneció durante cuarenta años. También son recordados otros dos colaboradores de la farmacia: Gerónimo Jorgevich y Domingo "Poroto" Splendiani.

La actividad portuaria constituyó una de las fuentes de ingreso más importante de la farmacia, que siempre se especializó en el abastecimiento a los buques, para los que se hacían compras muy importantes. Para ese entonces, la familia vivía en una casa "chorizo" al lado de la farmacia y, como en cualquier pueblo portuario, se mezclaba la gente trabajadora y tranquila con otra que no tenía las mismas reglas, pero don Valentín lograba mantener el equilibrio. *"La farmacia estaba al lado de una cancha de pelota con bar, a cuyo pro-*

Otras historias

¿A quién se le prendió la lamparita?

La extendida idea de que Thomas Edison fue el inventor de la lamparita tiene unos cuantos detractores.

Aparentemente, a Edison se le atribuyó el invento sólo porque tenía una empresa generadora de electricidad que luego fue conocida como General Electric.

El hecho es que la lamparita es simplemente una lámpara de vidrio. Si no hay una fuente eléctrica que la encienda, sigue siendo sólo vidrio. Y las lamparitas eran utilizadas para iluminación, 50 años antes de la patente de Edison, en 1879.

Fue un farmacéutico británico, Joseph Swan, quien obtuvo la primera patente de una lamparita eléctrica en Gran Bretaña, un año antes de la patente de Edison.

Swan incluso presentó en público su lámpara de filamento de carbón en New Castle, Inglaterra, diez años antes de que Edison sorprendiera al mundo con el anunció de que había inventado la primera lámpara eléctrica, que era una copia de la suya. De hecho, los primeros hallazgos del farmacéutico Swan aparecieron en un articulo publicado por Scientific American al que sin dudas Edison tuvo acceso.

Joseph Swan (1828 - 1914) era, además de farmacéutico, ingeniero, físico y químico. Nacido en Sunderland, Inglaterra,

pietario lo llamaban Cara Hachada y era uno de los malevos de la época. Cuando nosotros éramos chicos, era muy común encontrar manchas de sangre en la vereda, de las peleas a cuchillo que se armaban en el lugar. El abuelo con Cara Hachada tenia una relación de simpatía y respeto. Era un malevo, claro, pero convivían", relata su nieto Valentín.

Cuando don Valentín murió, en 1963, su nuera quedó al frente de la farmacia y mantuvo la tradición de buena atención y solidaridad con sus clientes. *"La vida de mamá eran los demás* –describe su hijo Valentín-. *Se dedicaba a la farmacia, a hacer todo para que funcionara y después se abocaba a la caridad y a la iglesia. Toda su vida se dedicó al apostolado y a la ayuda social. También hacía docencia en un colegio que dependía de la parroquia y nunca cobró un sueldo, lo donaba. Esas eran sus dos pasiones, la docencia y la ayuda social. Dio su vida por eso, porque cuando se enfermó, le indicaron que tenía que reducir su actividad y no lo hizo. Finalmente, murió en 1990."*

Por su parte, Amparo, también hija de Carmen, cuenta: "Mamá fue una de las fundadoras de la legión de María. Con otras señoras armaron la capilla que está en el boulevard. Originalmente era una casa de estilo inglés, de la prefectura, que estaba en la entrada del puerto. Como era tipo palafito, la trasladaron con ruedas por los rieles a través del puente.

También fundaron con otras mujeres una salita médica. Y se preocuparon mucho por la zona del saladero, que es todavía más pobre."

Domingo Splendiani, Hugo Rodriguez y un fotógrafo al que le decían "Fogonazo"

En la década de 1980 se produjeron cambios importantes en la farmacia. Por un lado, se retiró María del Carmen Bidegorry y la dirección técnica fue ejercida por un tiempo por su marido. Por otro lado, se construyó un nuevo edificio y, debido a la guerra de Malvinas, cambió su nombre por el de Morán. Hoy en el mismo lugar y con ese mismo nombre, está a cargo de Amparo Morán que mantiene vivo el espíritu tanto de su abuelo como de su madre.

Con casi cien años en actividad, la farmacia Morán es la más longeva de Ingeniero White pero, por supuesto, no ha sido ni es la única.

Probablemente el primer boticario de White haya sido Fortunato Costa, que para comienzos del siglo XX, era el boticario del Hospital Municipal de Bahía Blanca, y según la Revista del Centro Comercial de Bahía Blanca, del 7 de enero de 1905, tenía instalada la Farmacia Inglesa, en Ingeniero White. Además de dedicarse a su labor profesional, Costa

Benjamín Fernández Morán

también participó de actividades comunitarias ya que, por ejemplo, formó parte, como vicepresidente, de la primera comisión directiva del cuerpo de bomberos voluntarios, fundado el 8 de septiembre de 1907. No hay registros de cuándo Costa dejó este pueblo portuario, pero ya en 1917, según la Guía Duclos, estaba instalado en la vecina ciudad de Punta Alta, donde tenía su farmacia en Irigoyen y 25 de Mayo.

También de los primeros años del siglo XX fueron el ya mencionado Villalba y la farmacia Torrent A. y Cia, citada en la guía Kraft de 1910. Según la Guía Duclos, en 1917, había tres farmacias en White: la de Morán, la farmacia Di Lorenzo,

comenzó a trabajar con filamentos de papel carbonizado dentro de una lámpara de vidrio. Hacia 1860 era capaz de demostrar un dispositivo funcionando. Pero la falta de un buen vacío, que mantuviera al aire fuera de la lámpara, sumado a la falta de una alimentación eléctrica adecuada, resultó en una lamparita de vida corta y luz ineficiente. Frustrado, Swan comprendió que no llegaría más lejos porque no podía crear el vacío perfecto en la lámpara. Como resultado, volvió a otros experimentos.

Hacia mediados de 1870 se conseguían mejores bombas de vacío y Swan volvió a experimentar con la lámpara. Así, obtuvo la patente británica por su dispositivo en 1878.

Lo más significativo de la lámpara de Swan fue que prácticamente no había oxígeno en el tubo de vacío donde encendía el filamento, de manera que le permitía al filamento brillar casi en blanco sin encenderse. Al mismo tiempo, comenzó a instalar lámparas en casas en Inglaterra y hacia comienzos de 1880 inició su propia empresa. Pero Edison, basándose en el trabajo de Swan, lo perfeccionó y comenzó a enriquecerse. Swan llevó a Edison a la Corte por haberle robado la patente y los jueces le dieron la razón.

Para zanjar la disputa, la Corte impuso a Edison que nombrara a Swan como socio en su empresa de energía británica. Pero tiempo después, Edison logró adquirir todos los intereses de Swan en la firma, que se llamaba «Compañía Eléctrica Unida de Edison y Swan.»

en Elsegood 81, y la de Cayetano Forte, en Elsegood 150.

La farmacia Di Lorenzo promocionaba sus servicios en esta guía de la siguiente manera: *"Farmacia y laboratorio químico Di Lorenzo. Calle Elsegood 81. Ambos Teléfonos. Ingeniero White. Atendido personalmente y por la química Dolores N. de Di Lorenzo. Se despachan recetas de todas las Sociedades de Socorros Mutuos. Servicio Especial Nocturno Francisco Di Lorenzo."* No se sabe cuántos años habrá estado en el puerto el farmacéutico Di Lorenzo, pero para 1930 se encontraba ya instalado en Bahía Blanca, en Zelarrayán 430.

Por su parte, Cayetano Forte aparece integrando el cuerpo de bomberos de Ingeniero White en 1909 y posteriormente, en la memoria del ejercicio 1936/37 de la sociedad de

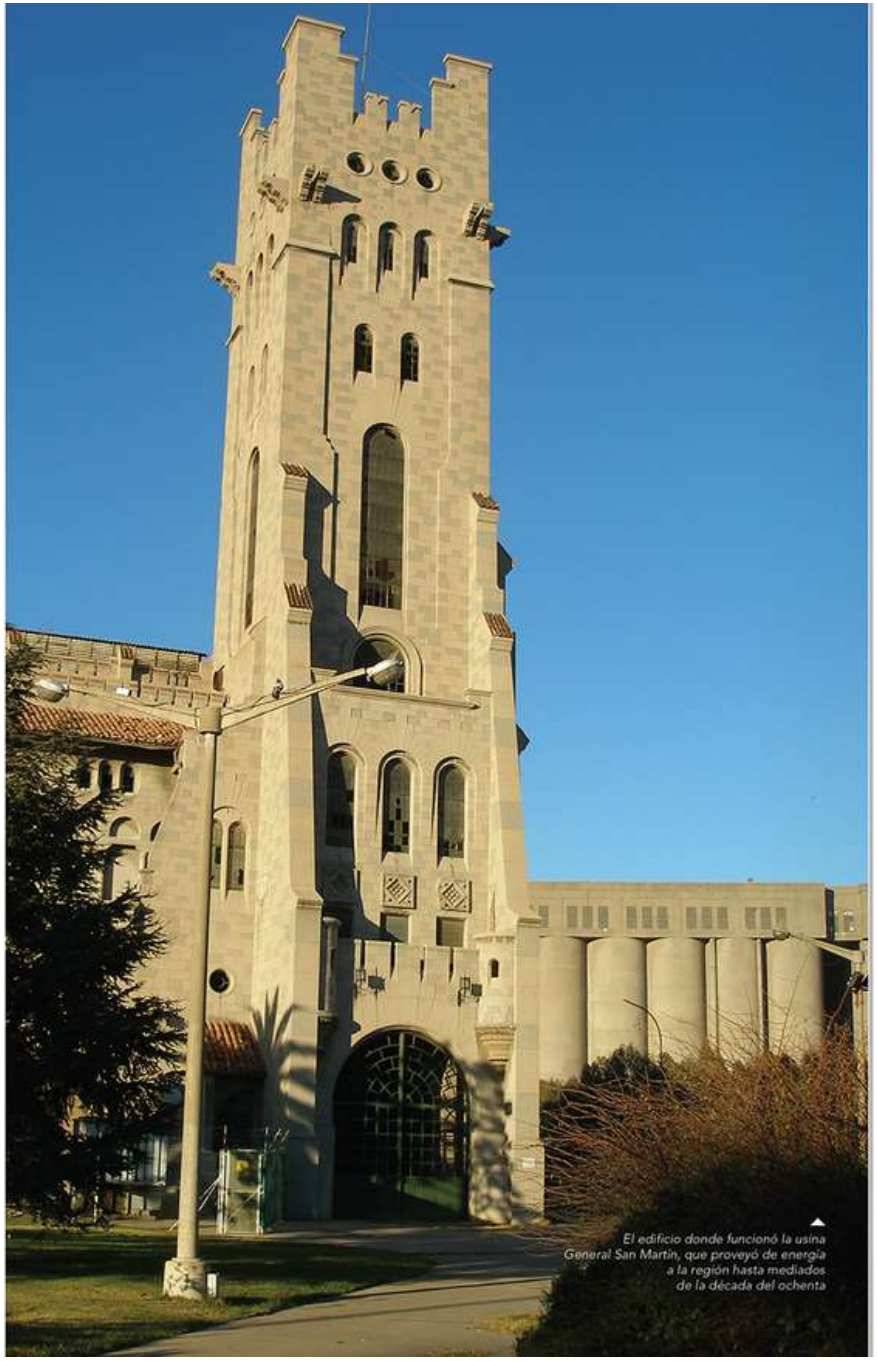
bomberos voluntarios de Ingeniero White, figura como práctico de ría.

Es probable que alguno de estos dos últimos establecimientos, ubicados ambos en la calle Elsegood, hoy Belgrano, haya sido posteriormente propiedad de Ángel Orbea, ya que, según consta en el *Libro del centenario de los bomberos voluntarios de Ingeniero White*, de Conrado de Lucía, en la farmacia Internacional, ubicada en esa calle y propiedad de Orbea, se produjo un incendio el 4 de julio de 1925. Quizás esta desgracia haya sido el motivo por el cual Orbea abandonó White, puesto que, en la

Guía Comercial de Bahía Blanca de 1930, figura con farmacia en Bahía Blanca, en Colón y Viamonte.

Pero más allá de las boticas que estuvieron poco tiempo en White, otra de las farmacias muy recordadas es la Del Pueblo, en Elsegood 202 (actualmente Belgrano y Mascarello), de Miguel Roassio, quien la instala en 1926, luego de haber trabajado durante doce años en la farmacia del Mercado y fundar la Del León, ambas en Bahía Blanca. Según lo publicado en el *Álbum de Ingeniero White*, de 1928, *"La Farmacia Del Pueblo es atendida por una persona que reúne todas las condiciones de idoneidad necesarias para un establecimiento que ha de llenar una misión tan delicada como el despacho de drogas y medicamentos de los que dependen en gran parte la salud de los pacientes"*. Y agrega más adelante, *"Favorecido el establecimiento, desde los primeros momentos por una clientela cada vez más numerosa, el señor Roassio se ve impelido ha mejorar tanto la cantidad como el surtido de su negocio, con los ojos puestos a una mayor prosperidad que nunca deja de conquistarse cuando se obra, como el señor Roassio, con idoneidad, inteligencia y se tiene el don de saber tratar correctamente al público"*.

Años más tarde, una vez que Roassio había dejado White, abrió su farmacia, en Harris (hoy Brown) y Guillermo Torres, Luis Guglielmetti, otro boticario



El edificio donde funcionó la usina General San Martín, que proveyó de energía a la región hasta mediados de la década del ochenta

recordado por los viejos pobladores. En la actualidad, la atención de los vecinos está repartida entre dos farmacias, la Morán y la Espósito, ubicada en Avenente y Sisco, cuyo propietario es Severo Esteban Espósito.

Datos históricos

• La ciudad debe su nombre a Guillermo White, uno de los primeros ingenieros recibidos en la Universidad de Buenos Aires y funcionario de la empresa Ferrocarril del Sud, encargada de la construcción del puerto.

• La fecha formal de la fundación de Ingeniero White es el 26 de septiembre de 1885, día en que se inauguró el primer muelle.

• Entre 1900 y 1902 se realizaron remodelaciones en el muelle de acero y fue construido un muelle de alto nivel.

• En 1907, se crea el cuerpo de bomberos voluntarios.

• El 24 de marzo de 1908 fue inaugurado el muelle de los elevadores.

• El 1º de octubre de 1932 comenzó a funcionar la usina General San Martín, conocida como "el castillo", que proveyó de energía a la ciudad hasta que fue reemplazada por la central termoeléctrica Luis Piedrabuena a fines de la década de 1980.

• En 1987, se inaugura el Museo del Puerto, ubicado en la intersección de las calles Cárrega y Guillermo Torres.

• A fines del siglo XX, en las cercanías del puerto, se establecen distintas empresas, que conforman el polo petroquímico.

Bibliografía:

V Jornadas de historia de Córdoba, siglos XVI al XX; Junta Provincial de Historia de Córdoba; Córdoba; 2005.

Álbum de Ingeniero White; Bahía Blanca; 1928.

Anuario Kraft : gran guía general de la República Argentina; G. Kraft; Buenos Aires; 1910.

Anuario Kraft : gran guía general de la República Argentina; G. Kraft; Buenos Aires; 1949.

BARBICH, J. Alejandro; *Historia de Santiago del Baradero*; Editorial Amerindia; Buenos Aires; 2007.

BOIXADÓS, María Cristina; PALACIOS, Marta O., y ROMANO, Silvia; *Fragmentos de una historia. Córdoba 1920-1955*; Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades; 2005.

CERNADAS DE BULNES, Mabel N. (comp.); *Bahía Blanca de ayer y de hoy*; Universidad Nacional del Sur; Bahía Blanca; 1991.

CIGNOLI, Francisco; *Historia de la farmacia argentina*; Librería y editorial Ruiz; Rosario; abril 1953.

DE LUCÍA, Conrado; *Libro del centenario de los bomberos voluntarios de Ingeniero White*; www.terapiatanguera.com.ar.

Edición del sesquicentenario de la fundación de Bahía Blanca; La Nueva Provincia; Bahía Blanca; 1978.

GÁLVEZ, Víctor; *Memorias de un viejo*; Ed. Solar; Buenos Aires; 1942.

GARZÓN MACEDA, Félix; *Universidad Nacional de Córdoba: Historia de la Facultad de Ciencias Médicas*; Imprenta de la Universidad; Córdoba; 1927.

GUARDIOLA PLUBINS, José; *Historia de los españoles en Bahía Blanca*; Ed. Encestando; Bahía Blanca; 1992.

Guía Comercial de Bahía Blanca; Rouquaud & Co.; Bahía Blanca; 1897.

Guía Comercial de Bahía Blanca; A. Guimaraes; Bahía Blanca; 1900.

Guía Comercial de Bahía Blanca; Emilio V. Güemes; Bahía Blanca; 1930.

Guía Ducós; Imprenta Ducós; Bahía Blanca; 1912.

Libro del centenario de Bahía Blanca 1828/1928; La Nueva Provincia; Bahía Blanca; 1928.

LÓPEZ CEPEDA, Manuel; *Gentes, casas y calles de Córdoba*; Biffignandi Ediciones; Córdoba; 1966.

Los españoles en el centenario de Bahía Blanca; Heredero Clar y F. Abad Martínez Editores; Bahía Blanca; 1928.

MALDONADO, Julio S; *Córdoba de entonces*; en www.raicesyalasdecordoba.8m.com

MICUCCI TARSETTI, Alberto; *Historia del partido de Baradero*; Instituto de Investigaciones Históricas del Baradero "Domingo de Oro"; San Martín (Buenos Aires); 2006.

RÍO, Manuel E., y ACHÁVAL, Luis; *Geografía de la provincia de Córdoba*; Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco; Buenos Aires; 1905.

ROMANZINI, Arturo; *Yo he nacido en la segunda*; Córdoba; 1963.

SILBERMANAS, Isaac; GIGENA PARKER, Luis E., y JEANDREVIN, Eloísa; *Córdoba la vieja. Fotografías de la ciudad 1870-1950*; Editorial Dos Mundos; Córdoba; 2007.

Todo en la provincia. Anuario y guía 1937 de la provincia de Córdoba; Diario de Córdoba; Córdoba; 1937.

Diarios y revistas consultados:

Diario Bahía Blanca, Revista del Centro Comercial de Bahía Blanca, La Nueva Provincia (Bahía Blanca), El Eco de Bahía Blanca, El Eco de Córdoba, El Porvenir (Córdoba), Tribuna Farmacéutica (Córdoba), La Voz del Interior (Córdoba), El Progreso (Baradero).

Para este trabajo hemos contado con la inestimable colaboración de: personal del Archivo General de la Nación, de la Biblioteca del Congreso, del Centro de Documentación de la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba, del Archivo Histórico Municipal de la ciudad de Córdoba, del Archivo Histórico Provincial de Córdoba, del Museo y Archivo Histórico de Bahía Blanca, de la Biblioteca Rivadavia de Bahía Blanca, de la Biblioteca Popular y Municipal Fray Luis de Bolaños (Baradero), del Museo Histórico Municipal Alejandro Barbich (Baradero), Farm. Mercedes Rencoret, Mónica Muela, Farm. Ricardo Matonti, Amparo Morán, Valentín Domingo Morán, Benjamín Fernández Morán, Farm. Nicolás Petruzelli, Farm. Sergio Petruzelli, Félix Degese, Teresita Olga Swacaij, Farm. Nancy Edith Saralegui, María Fernanda Candal.

¿Usted tiene datos interesantes sobre las farmacias de su pueblo? ¿Conoce historias o protagonistas? ¿Dispone de material gráfico (fotos antiguas, recetarios y otros documentos) o relatos que permitan reconstruir la historia de esta profesión? Si quiere contribuir a difundirlos, envíelos o díganos cómo podemos acceder a ellos a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Esperamos que esas contribuciones puedan ser divulgadas en publicaciones futuras.

FUNDANDO PUEBLOS

EN HOMENAJE A LA PROFESIÓN FARMACÉUTICA ARGENTINA

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A. M&E